

XOSÉ ANTONIO LÓPEZ SILVA

Historia Natural de Plinio

El bibliotecario del mundo



GUADALMAZÁN

© JOSÉ ANTONIO LÓPEZ SILVA, 2022

© TALENBOOK, S.L., 2022

Primera edición: noviembre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GUADALMAZÁN • COLECCIÓN DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Edición de JAVIER ORTEGA

TALENBOOK, S.L.

C/ CERVANTES, 26 • 28014 • MADRID

www.editorialguadalmazan.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: ROMANYÀ VALLS

ISBN: 978-84-17547-59-2

Depósito Legal: M-27057-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Inés Santamaría. Por todo lo que fue.
Por todo lo que continúa siendo.*

Índice

A MODO DE PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN	13
PRIMERA PARTE. EL HOMBRE.....	17
Gayo Plinio Segundo. El hombre y su biografía	19
La obra literaria de Plinio el viejo	57
SEGUNDA PARTE. LA HISTORIA NATURAL	73
Una enciclopedia de la naturaleza	75
La línea del universo.....	113
Geografías de la naturaleza	161
El hombre y su naturaleza.....	207
El espacio de los animales I. Animales terrestres y marinos.....	229
El espacio de los animales II. Pájaros e insectos.....	275
Los senderos de las plantas	305
Tiempos rústicos	337
<i>Natura Medicatrix</i>	379
Las venas de la tierra	409
TERCERA PARTE. LAS HUELLAS DEL HOMBRE.....	459
El legado de Plinio y la <i>Naturalis historia</i>	461
Influencias, persistencias y continuidades	537
EPÍLOGO.....	587

A modo de prólogo

Este libro no pretende ser un ensayo académico sobre Plinio el Viejo. Aspira únicamente a ser una lectura personal sobre el autor y su obra, y un recorrido inevitablemente sesgado y parcial sobre su legado e influencia. Hay, eso sí, un objetivo añadido: hacer ver que todavía hoy la lectura de la *Naturalis Historia* es interesante por sí misma. Se trata de una de las grandes obras de la literatura latina y un hito en la historia cultural de las ciencias y de la recopilación del saber desde presupuestos que, con el paso del tiempo, acabarían denominándose enciclopédicos. Los lectores avezados observarán la influencia de bastantes escritores en este libro. Es inevitable que al tratarse de una obra que no renuncia a lo personal salgan a la luz algunas de nuestras filias literarias. También ha querido ser un homenaje a algunos autores que me han acompañado, como Plinio, desde la juventud: H. Wouk, Paul Auster, Iris Murdoch o Italo Calvino, entre otros, han dejado su huella a lo largo de estas páginas.

La traducción ha tenido como criterio principal la modernidad y facilidad de comprensión del original por encima de la literalidad. A no ser en los casos que se indica lo contrario en la correspondiente nota, todas las traducciones, tanto de Plinio como del resto de los autores, son mías.

Tras la redacción de un libro como este hay muchas personas e instituciones a las que dar las gracias. En primer lugar, a Martín Llade, que me animó a iniciar este proyecto cuando solo era una idea en mente. Los profesores Alberto Venegas, Àgnes Sarab, Angelo Paone y Antti Lampinen tuvieron la gentileza de enviarme estudios y materiales sobre aspectos variados de la *Naturalis Historia* y Plinio el Viejo. De modo par-

ricular quisiera hacer constar un agradecimiento especial a la profesora Sandra Maldonado, de la Universidad de Cádiz y al profesor Francisco García Jurado, de la UCM. Sus publicaciones académicas han sido una de las fuentes claves para este acercamiento a Plinio. Gracias profundas a Lorena Gómez, de la Biblioteca de la USC. De la misma manera, la dirección y personal de la Biblioteca de Filología y de la Biblioteca do Museo do Pobo Galego prestaron todo tipo de facilidades para la consulta bibliográfica en momentos muy complejos para la investigación. A Alfredo Conde, Israel J. Espino, Suleyman Matos, María Leyra, Xavier Ron, Óscar Porral, Iria Bernal, Juan Señorís, Carmen Moreda, Miguel Vila, Belén Trobajo, Cristina Fernández Vázquez, Cristina Berbel, Juan Castro, Carlos Penela, Fran de la Paz y Tamara Varela, por sus ideas y comentarios. A Laura, por las conversaciones, el apoyo y su ejemplo intelectual: el mejor acicate para llevar a buen término esta empresa. Lorena Martínez me ha ayudado con las correcciones ortotipográficas. Ramiro Moar leyó con detalle el manuscrito y realizó numerosas aportaciones y sugerencias que lo mejoraron en todo punto de un modo que jamás podré pagar. Su colaboración y su amistad han sido indispensables a lo largo de todo el proceso. Quiero dejar constancia de ese mismo agradecimiento y afecto a mi familia y en especial, y con amor, a Ana, por la lectura final del manuscrito, igual que por todo su apoyo y por las horas robadas.

Bertamiráns, 5 de junio de 2022.

Introducción

Esta historia comienza un 22 de diciembre de 1989. Tocaba pasar el fin de semana en casa de mi abuela. Desde que se había quedado viuda, mi padre se turnaba con sus hermanos para que nunca estuviese sola en casa. Como Nochebuena estaba muy cerca, habíamos decidido que esta vez iríamos él y yo, nada más, y que mi hermana y mi madre vendrían el 24. Durante el viaje, encendimos la radio. Escuchamos entre sorprendidos y esperanzados la noticia de la detención de Nicolae Ceaucescu y su esposa Elena. El resto del viaje transcurrió charlando sobre la caída del Muro de Berlín y la situación de los países del Este. Siempre me había gustado la ciencia política. El curso siguiente comenzaría en la universidad. Sabía que mis padres eran reacios a que, viviendo en una ciudad como Santiago de Compostela, me fuese a estudiar a otra parte. Me gustaba más que nada la Historia Antigua, pero Inés Santamaría, mi profesora de latín, me había convencido de que nunca sería un buen historiador si primero no dominaba las lenguas en las que estaban escritas las fuentes directas que iba a estudiar. Buena parte de mi familia prefería que comenzase la carrera de Derecho, ya que todavía no existía la licenciatura de Ciencias Políticas en la Universidad de Santiago.

—Voy a matricularme en Filología Clásica.

Mi padre no dijo nada. Permanecemos el resto del trayecto en silencio. Solo al llegar y coger la maleta, me dijo:

—Si hay algún libro de latín en la biblioteca de tu abuelo, llévate-lo contigo para ponerte en serio con eso.

Era su forma de decirme dos cosas: que no iban a dar el brazo a torcer con que me marchase de Santiago y que, a cambio, podía estudiar lo que me apeteciera. En realidad, no me hizo ninguna gracia el hecho de

tener que aceptar que, finalmente, al año siguiente no podría estudiar Ciencias Políticas. Y menos todavía, que no iba a poder vivir en Madrid o Salamanca.

No había ningún libro de latín en las estanterías del despacho de mi abuelo, aunque esa noche estuve leyendo hasta bien entrada la madrugada la *Silva de varia lección*, del humanista sevillano Pedro de Mexía (1497-1551).

Habían comenzado las vacaciones de Navidad. Todos los días iba a estudiar a la Biblioteca General de la Universidad de Santiago. El acceso a la biblioteca era una prerrogativa heredada del antiguo curso de Preparación Universitaria, el PREU, aunque pocos alumnos de COU hacíamos uso de ella. Me pasé casi toda la tarde leyendo a Descartes y traduciendo un pasaje endemoniado de la vida del emperador Claudio, de Suetonio. Decidí salir antes y pasarme por la única librería de lance que en esos años había en Santiago. Me dedicaba más bien a mirar con detalle y anotar en un pequeño cuaderno los títulos que me parecían más interesantes, para el día que pudiera comprarlos con mi propio dinero.

Pocas veces encontraba títulos de autores griegos y latinos, más allá de viejos manuales de gramática, algún que otro diccionario, y de vez en cuando, una de esas antologías de textos de uso en el antiguo Bachillerato de la Postguerra. En aquella ocasión, sin embargo, me topé con los tomos dos al diez de la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, en la colección de la Biblioteca Clásica Loeb de clásicos latinos y griegos publicada por Harvard University Press. Lo tomé como una señal. Pedro de Mexía citaba en numerosas ocasiones a Plinio. Toda la *Silva* me había resultado muy interesante y, en concreto, lo que mencionaba sobre la *Historia Natural* me hacía ver el inmenso filón de conocimientos muy útiles sobre el mundo clásico que debían de albergar aquellas páginas. El librero pedía por los nueve ejemplares un precio exorbitante para mi paupérrima economía. En general era un establecimiento caro, pero aquello era excesivo. La única ventaja con la que yo contaba era el hecho de que pronto, en Reyes, podría disponer de algo de dinero entre lo que me regalarían mis abuelos y mis padres. Con lo que tenía ahorrado, calculé que podría comprarlos.

Le pregunté al librero, un hombre adusto, de barba gris, si podría reservarme los nueve tomos. Me miró con cierta displicencia. Añadió, con tono seco, que no acostumbraba a hacerlo. Le dije que estaba dispuesto a dejar una fianza como garantía de que me llevaría los libros después del 6 de enero. El anticipo que pidió era casi la mitad de mis

ahorros. Acepté, por supuesto. Era casi la hora del cierre, así que le dije que al día siguiente me pasaría a dejar la reserva.

De camino a casa, estaba comenzando a arrepentirme de haber cerrado una compra que ahora me parecía absurda y desorbitada, pero no me parecía correcto echarme atrás después de haberle insistido. Volví al día siguiente, a última hora de la tarde. Los nueve tomos habían desaparecido.

«Los vendí esta mañana», dijo el dueño, arrebuñado en su silla, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo. Creo que fue una impresión mía, pero parecía divertido con aquella situación. En el fondo, no me importó demasiado. Siempre podía sacar ejemplares de Plinio de la biblioteca y, a fin de cuentas, eso suponía que tenía cinco mil pesetas más en mis bolsillos.

Llegó el día de Reyes. Era habitual que mis padres nos regalasen ropa o una cartera, cosas así, necesarias y al mismo tiempo útiles. Soy incapaz de recordar qué tocó aquella vez. Nos preparamos, como todos los años, para ir a comer a casa de mi abuela. Al llegar, y en lo que ya se había convertido en una tradición, nos mandó ir a su cuarto y recoger allí el pequeño sobre amarillo con el nombre de cada nieto en temblorosa caligrafía. Habíamos llegado pronto, también, como casi todos los años. Alguien preparó café y me encerré a estudiar en el despacho de mi abuelo el resto de la mañana, hasta la hora de comer. Tenía examen de Filosofía a la vuelta de las vacaciones y el tiempo apremiaba. Volví a estudiar un par de horas más tras la comida, hasta que entró mi hermana a decir que era hora de irse.

Recogí mis apuntes y al irnos, mi abuela me dijo:

—¿Te vas así?

Mi hermana se echó a reír con ganas:

—¿No te has fijado en la estantería?

—No.

—Vuelve y fíjate, anda.

En el centro de la librería de castaño, en la parte baja, estaban los nueve tomos de la *Historia Natural* con su llamativa encuadernación roja. Había estado más de cuatro horas en el despacho, había mirado en varias ocasiones hacia los anaqueles de la biblioteca, y todos y cada uno de los tomos de Plinio me habían pasado completamente desapercibidos. Otro más entre mis habituales despistes. Es algo que no ha cambiado treinta y tres años más tarde.

La historia es tan sencilla como lógica. Santiago es una ciudad pequeña. El librero conocía de sobra a mi padre. Era cliente suyo en el

banco. Esa mañana se había pasado por allí para realizar una gestión, se pusieron a hablar y le comentó lo de los libros de Plinio. Mi padre le hizo allí mismo el pago completo por los nueve tomos y lo único que quedaba era, por supuesto, no contarme nada.

En realidad, en la estantería había otro libro más, al lado de los ejemplares de Plinio. También era de la colección Loeb, pero su encuadernación no era roja, sino verde. Se trataba de la *Anábasis*, de Jenofonte. El librero le había comentado que quizá podría interesarme también ese volumen, y Jenofonte acompañó a Plinio en aquel regalo de Reyes. Reconozco que hoy por hoy, los clásicos griegos de Loeb me parecen libros mucho más elegantes, con ese toque victoriano de libro de bolsillo que les aporta el verde antiguo de sus cubiertas.

Hasta hace pocos años, no he comprado el primer tomo de la *Historia Natural* de Loeb. Esos nueve volúmenes, y también la *Anábasis*, me han acompañado en diferentes mudanzas, traslados y cambios familiares. Los he leído y los he subrayado, así que puedo decir, sin riesgo a equivocarme o a resultar exagerado, que Plinio ha sido una lectura constante, aunque tal vez durante mucho tiempo no demasiado bien aprovechada.

Cuando me preguntan cuáles son mis escritores favoritos, nunca incluyo a Plinio, y no sé por qué. Quizá por el hecho de pertenecer a una categoría diferente, y tampoco sabría explicar en realidad a cuál. Tal vez escribir este libro haya sido una forma de intentar entenderlo.

PRIMERA PARTE.
EL HOMBRE

CAPÍTULO 1.

Gayo Plinio Segundo. El hombre y su biografía

Durante mucho tiempo, lo que pude saber acerca de Plinio el Viejo estaba dentro de los márgenes de consulta de la Larousse familiar. La información que proporcionaba era atrozmente escasa, y se refería a dos cosas: su autoría de la enciclopedia conocida como *Naturalis Historia*, *Historia Natural*, y al hecho de morir a causa de la erupción del Vesubio en el 79 d. C. Cuando dejé encargados aquellos nueve tomos de la colección Loeb, tengo que reconocer que mi conocimiento no era mucho mayor: solo lo proporcionado por la *Historia de la literatura universal*, escrita a la par por Martín de Riquer y José María Valverde, que mis padres me habían regalado al terminar la EGB, y que leí con fruición entre los catorce y los dieciséis años:

De suma importancia es la enciclopedia del saber de su tiempo que con el nombre de Historia Natural (*Naturalis historiae*) escribió Cayo Plinio Secundo (23- 79), llamado Plinio el Viejo. Esta monumental obra en 37 partes es el fruto de toda una vida dedicada a la lectura de libros de toda especie y versa sobre astronomía, geografía, antropología, zoología, botánica, medicina, mineralogía, etcétera. Síntesis gigantesca del saber antiguo, la obra de Plinio recoge infinidad de datos, noticias y observaciones en estilo seco y conciso, que solo en contadas ocasiones se hace artificioso y retórico. Plinio nos da noticia de una serie de autores y obras que se han perdido y que conocemos gracias a su

ambición enciclopédica y a su impresionante labor de síntesis, en la cual falta actitud crítica personal¹.

Y eso era todo. Por supuesto, poco a poco he ido sabiendo más, unas veces a pesar de las circunstancias, y otras por casualidad, y también que buena parte del juicio emitido por Martín de Riquer acerca de la obra de Plinio es tan tradicional como equivocado. El nombre real de Plinio el Viejo era Gayo Plinio Segundo, en latín Gaius Plinius Secundus. En la Antigüedad se le conoció muy pronto ya como Plinio el Viejo, Plinius Maior, en contraposición a su homónimo sobrino, que pasó a ser, como no podía ser de otro modo, Plinius Minor. Esta diferenciación entre mayor y menor no alude, por supuesto, a la calidad literaria de cada uno, sino que simplemente hacía referencia a su edad. Era, además, algo habitual en las nomenclaturas romanas. Tenemos antes de Plinio los ejemplos de Séneca padre y Séneca hijo, conocidos como Seneca Maior y Seneca Minor, y en el ámbito de la política, las figuras de Catón el Mayor y Catón el Joven, miembros de la misma familia, aunque separados por casi siglo y medio. Esta forma de denominación para diferenciar familiares estaba muy extendida para los nombres de mujer, que, al ser muy poco variados, necesitaban este procedimiento y algunos otros (Primera, Segunda, Tercera...) para conseguir marcar lo mejor posible quién era quién entre parientes y allegados cercanos². En español la denominación general para nuestro autor ha sido la de Plinio el Viejo, y para su sobrino, la de Plinio el Joven. Esta última ha desterrado al olvido la arcaica forma de Plinio el Mozo, que fue habitual durante el siglo XIX y parte del XX en España e Hispanoamérica. De hecho, Martín de Riquer se refiere así cuando habla del sobrino. Todavía hoy me resulta un poco chocante.

Sabemos bastante poco de Plinio el Viejo si lo comparamos con las bastante detalladas biografías que nos han llegado de los grandes

1 Riquer, M. de & Valverde, J. M. (2009). *Historia de la Literatura Universal*. Barcelona: RBA. T. I. «La Literatura latina en época Imperial», p. 129.

2 Hay un dato, no obstante, que llama la atención. La mayor parte de estos apelativos de Maior y Minor se añaden a la última y tercera parte del nombre de varón habitual entre los ciudadanos, el llamado cognomen, así Lucio Anneo Séneca o Marco Porcio Catón pasaron a ser conocidos, respectivamente, como Séneca y Catón el Viejo. En cambio para Plinio se ha usado el segundo nombre, el *nomen*, o nombre de la *gens*. La denominación con el nombre de la *gens* era lo corriente para las mujeres ciudadanas. La hermana de Plinio el Viejo y madre del Joven era, por tanto, Plinia. En realidad, el nombre completo del sobrino era Gayo Plinio Cecilio Segundo, hijo de Lucio Cecilio Cílón.

personajes de finales del siglo I. a. C. y los de una generación anterior al propio escritor, los hombres de época de Augusto, en la transición entre los siglos I a. C y I d. C. De todas formas, también, por qué no, es una cuestión de perspectiva: lo que sabemos de Plinio el Viejo es bastante si lo consideramos en relación a la exigüidad de los detalles biográficos de otros autores de la literatura latina imperial tan importantes como los poetas Albio Tibulo, Propertio, o historiadores como Tito Livio, quien llegó a ser preceptor del futuro emperador Claudio y del que no conocemos más que un puñado de anécdotas asombrosamente elusivas. Así pues, podemos considerarnos hasta agradecidos por estar razonablemente bien informados acerca de las circunstancias generales de la biografía de nuestro autor. En los treinta y siete libros de su *Historia Natural* y en las páginas que forman los fragmentos del resto de sus obras, muy pocos y anecdóticos son los datos que podemos espigar, fundamentalmente, sobre algunos lugares que visitó y personas que conoció. Por suerte, tenemos la información directa que nos da su sobrino. De Plinio el Joven nos han llegado ocho libros de epístolas literarias dirigidas a lo más granado de la sociedad romana de su época. En ellas hay varias en las que el tema principal es su tío, y en particular, la descripción de su personalidad y las circunstancias de su fallecimiento durante la erupción del Vesubio, en el 79 d. C., cuando Plinio el Viejo contaba 56 años y su sobrino era un joven de diecisiete³.

Las descripciones de Plinio el Joven, que era un extraordinario escritor, nos ofrecen un retrato vívido y cotidiano de los últimos años de su tío, es cierto, y todas ellas deben de tenerse en cuenta a la hora de construir con el mayor detalle los cimientos del edificio que fue la vida de Plinio el Viejo. Lamentablemente, no contamos con más testimonios directos sobre la vida de este último, a no ser unas pequeñas citas del maestro de retórica Quintiliano, quien debió de conocerlo personalmente, habida cuenta de que tenía una relación intensa con la familia imperial y fue, además, instructor de Plinio el Joven en esta disciplina. El propio historiador Tácito, tan parco en elogios, deja constancia en sus *Annales*, una obra que contaba los inicios del Imperio desde Augusto hasta Nerón, que apreciaba considerablemente los datos que le proporcionaban los escritos históricos de Plinio el Viejo sobre las guerras en

3 Vid. sobre ambos Plinios, el imprescindible volumen de Dunn, Daisy (2021). *Bajo la sombra del Vesubio. Vida de Plinio*. Madrid: Siruela. Trad. de Victoria León, pp. 19-48.

Germania. Tácito fue, precisamente, el destinatario de las dos cartas donde Plinio el Joven le relataba los sucesos de la erupción, para que contase con informaciones de primera mano para la redacción de su historia y tal y como reconoce el propio Plinio, con el fin de que la imagen y el valor de su tío pasasen de esta manera a la posteridad. Por último, en esta nómina de citas debemos incluir al biógrafo autor de *Los doce Césares*, y secretario del emperador Adriano, Gayo Suetonio Tranquilo.

Se le atribuye a Suetonio, precisamente, la autoría de un pequeño texto biográfico que nos han transmitido los *incipit*, es decir, los textos iniciales de presentación de algunos manuscritos de la *Historia Natural*. Se ha considerado que dicho fragmento debía pertenecer al libro quinto de la serie de biografías titulada de forma genérica *De viris illustribus*, *Acerca de los hombres ilustres*, puesto que ese citado libro quinto estaba destinado a la literatura en general bajo el título *De grammaticis et rhetoribus*, *Acerca de los gramáticos y los maestros de retórica*. Suetonio era, como hemos dicho, buen amigo de Plinio el Joven a tenor de la carta 24 de su libro primero, donde este, de forma afectuosa, al estilo militar, le llama «camarada de tienda de campaña», *contubernalis* y es posible que el padre del biógrafo hubiera llegado a conocer, tal vez superficialmente, a Plinio el Viejo. Parece entenderse, pues, que había una amistad larga y llena de intereses comunes entre ambos hombres que se remontaba a su juventud:

Plinio el Viejo, natural de Como, cumplió con honor los cargos militares de los caballeros, y encargado de continuo de las misiones más distinguidas, se mostró en las mismas absolutamente íntegro. Con todo, se entregó también a los estudios literarios de una forma tan intensa que es difícil que pueda citarse a alguien que haya escrito más que él en su tiempo de ocio. Escribió, en efecto, en veinte libros la historia de todas las guerras contra los germanos y, en treinta y siete, una *Historia Natural*. Falleció en el desastre ocurrido en Campania. Se encontraba desempeñando el cargo de comandante de la flota de Miseno, y durante la erupción del Vesubio se acercó al volcán con una nave libúrnica⁴, con el fin de estudiar las causas de dicho fenómeno. Los vientos contrarios le impidieron reemprender la navegación, y murió ahogado por la violencia del polvo y las cenizas. Según algunos auto-

4 El tipo habitual de galera de guerra en la armada romana.

res, murió a manos de uno de sus esclavos, al que le pidió que le diese muerte cuando se encontraba casi desfallecido por el calor⁵.

Siempre me resultó interesante, y muy sintomático acerca del rigor de Suetonio, el hecho de que, a pesar de tener una relación personal con Plinio el Joven, no diera por válido su testimonio e incluyese un dato curioso, que solo él nos ha transmitido: el hecho de que, en el último momento de su vida, Plinio le pidiese a uno de sus esclavos que acelerase su muerte, impedido como estaría para hacerlo por sí mismo, medio asfixiado por la erupción. Nunca sabremos de dónde toma ese dato, pero nos alerta acerca del interés general que suscitaba la figura de Plinio el Viejo y nos advierte, también, de que deberíamos tener cierto cuidado y algo de suspicacia respecto a las informaciones proporcionadas por su sobrino. El suicidio ante una situación sin salida era algo bien considerado en el mundo romano, sobre todo entre la clase alta, aunque lo que se esperaba era que uno tuviese el valor suficiente para llevarlo a cabo sin ayuda externa, y, además, por la espada. Ella, o un puñal, por supuesto, proporcionaban el escenario adecuado de valor y hombría para despedirse de este mundo de manera adecuada y honrosa. Como ha escrito Yolanda Grisé en *Le Suicide dans la Rome antique*: «la élite romana creía en la supremacía, en la nobleza, en la dignidad de la muerte consumada por el hierro»⁶. Plinio no llegó a ser capaz de hacerlo por sí mismo, aunque Suetonio deja claro que se debió a su afectación respiratoria por el vapor y las cenizas del Vesubio. No llegó al extremo de Catón el Joven, quien, tras ser derrotado por César, nos hace saber el historiador Plutarco, durante su última noche, leyó a Platón, durmió tranquilo y al despertarse, y a pesar de estar herido en el brazo derecho, se lanzó sobre su espada abriéndose el vientre. No pudo

5 Suetonio, *De viris illustribus: de historicis*, frg. 80. Reifferscheid, A. (1860). *Suetonii Tranquilli praeter Caesarum libros reliquiae*, Leipzig: Teubner.

6 «C'est que l'élite romaine croyait à la suprématie, à la noblesse, à la dignité de la mort consommé par le fer», Grisé, Yolande (1982). *Le Suicide Dans La Rome Antique*. Montréal: Bellarmin, p. 97. Cf. Farrior, Mary-Evelyn, (2013). «The Ultimate Romana Mors. The Death of Cato and the Resulting Paradigmatic Shift in Roman Suicide». *Berkeley Undergraduate Journal of Classics*, 2(2). https://escholarship.org/uc/item/4jt4b00s#article_main. Consultado el 2 de noviembre de 2021: «The sword incarnated the courage and honor of battle alongside the power, determination, and liberty present in the Roman virtus. For the elite of Rome, metal weapons provided the quick, dignified end to life that they aimed for in their suicide».

hacerlo como era debido y quedó malherido. Lo atendieron su esclavo y un médico, quienes le hicieron una cura y un vendaje de urgencia. Catón permitió que el médico realizara su trabajo, y cuando lo dejaron solo, tuvo el coraje de deshacer el vendaje, abrirse la herida y quitarse sus propios intestinos⁷. En cambio, el propio Suetonio nos cuenta que el emperador Nerón no tuvo la valentía de suicidarse, una vez que se constató que había sido derrocado por Galba. Tuvo que pedir ayuda a su liberto Epafrodito para clavarse un puñal en el cuello, un último acto tanto de egoísmo como de cobardía, enmarcado además por la petición de que alguno de sus acompañantes se suicidase antes que él para así infundirle valor y eso, sin dejar de repetir la ya famosa frase: «¡Qué gran artista muere conmigo!»⁸.

Historiadores y filólogos no admiten la versión alternativa de Suetonio acerca de la muerte de Plinio el Viejo y prefieren atenerse al relato trazado por el Joven acerca de las últimas horas de vida de su tío. Como veremos, la carta lo cuenta con un detallismo no exento de artificiosidad y un punto de intervención literaria que ha hecho correr ríos de tinta acerca de su verosimilitud. Aun así, la información de Plinio el Joven es casi cuanto tenemos, y con eso debemos conformarnos para acercarnos al personaje que fue su tío.

Pocos datos más tenemos acerca de Plinio el Viejo, si no queremos acabar sumergidos en una maraña de filología erudita. En general, los autores posteriores alabaron su erudición y su trabajo, aunque pocos alcanzan la elocuencia de Aulo Gelio quien, en su obra miscelánea titulada *Noches Áticas*, definió a Plinio como «el hombre más sabio de su época». Desde luego, no parece exagerado el elogio, y a medida que avanzamos en la lectura de la *Historia Natural*, podemos llegar a pensar que el propio Gelio se quedó corto⁹.

La labor de filólogo, sobre todo la de los dedicados al mundo antiguo, es una mezcla entre el trabajo detectivesco y la técnica japonesa del *kintsugi*, la reparación de cerámica que deja ver la juntura de las

7 Plutarco, *Vida de Catón*, 70, 1-7.

8 Suetonio, *Vida de Nerón*, 49.

9 «Plinio Segundo ha sido considerado como el más sabio de su tiempo. Dejó libros que tituló *De los estudiosos*, que desde luego no hay que despreciar en modo alguno. En estos libros presenta de manera variada muchas cosas destinadas a entretener los oídos de las personas eruditas. Incluye también muchas sentencias que considera ingeniosas y agudas tomadas de las declamaciones de las controversias». A. Gelio, *Noches Áticas*, IX, 16, 1-7.

piezas pegadas. Mi amigo Guillermo Domínguez decía que un filólogo que trabajase sobre literatura antigua o medieval, y cualquier arqueólogo, tendrían mucho ganado si desde pequeños se les daba bien componer puzzles trabajosos. Creo que tenía algo de razón. Veamos lo que podemos averiguar con todos estos datos y otros menores que iremos comentando a lo largo de este capítulo.

Que Plinio el Viejo nació en la ciudad italiana de Como, es indudable. El testimonio de Suetonio no deja lugar a duda, y está corroborado por los datos epigráficos y arqueológicos. Aun así, incluso esta información sería puesta en duda a lo largo de los siglos, por razones y motivos diversos.

Varias inscripciones¹⁰ atestiguan la importancia de la familia de Plinio, que ocupó puestos de responsabilidad en la ciudad de Como. En una de ellas, la conocida como CIL V, 5279, se menciona al padre de Plinio el Joven y cuñado de Plinio el Viejo, el edil Lucio Cecilio Cilón, que estaba casado con Plinia, hermana de nuestro autor. Plinia, desde luego, hizo un matrimonio excelente. Su suegro era Gayo Cecilio Cilón, del orden senatorial. Lamentablemente, Lucio Cecilio murió en el 76, cuando Plinio el Joven tenía alrededor de ocho años de edad. En su testamento dejó como tutor de su hijo al general Lucio Verginio Rufo, un hombre muy importante también oriundo de Como y miembro del Senado de Roma, que llegó a ser tres veces cónsul durante los años 63, 69 y 97 d. C. ¿Por qué Cecilio escogió a Rufo como tutor del joven Plinio, y no a su tío materno? En realidad, esa elección no debe extrañarnos demasiado. En ese momento, Plinio estaba ocupando cargos importantes y en contacto con el emperador Vespasiano, pero, sobre todo, aunque era un miembro relevante del orden ecuestre, la clase de los caballeros, el prestigio de Rufo y su pertenencia al orden senatorial inclinaban una balanza donde el apoyo y el cariño del tío ya se daban por supuestos.

El general Rufo se había visto involucrado en el 68 d. C. en los inicios de la guerra civil contra Nerón, que llevó al nombramiento, al año siguiente, de tres emperadores más. Rufo pudo haber sido uno de aquellos elegidos, después de derrotar al gobernador rebelde de la Galia Narbonense, Gayo Julio Vindex, que se había levantado en armas. Sin embargo, Rufo decidió que su lealtad estaba primero en sofocar la revuelta, y cuando vio que el descontento y el levantamiento contra

10 CIL V, 5262; CIL V, 5263; CIL V, 5279; CIL V, 5287; CIL V, 5300; CIL V, 5317; CIL V, 5361; CIL V. Supl. Italica 1.745; CIL, V, 5667.

Nerón era generalizado, y que este actuaba de un modo absolutamente demencial, devolvió al Senado el poder militar que ostentaba, a pesar de que sus soldados le pedían que accediese a la púrpura imperial. En un acto más propio de la antigua República, se retiró durante las siguientes décadas a su casa de campo en la Toscana, dedicado a la tranquilidad y el estudio. Logró evitar la sucesiva llegada de emperadores como Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano, que podían ver en él un rival peligroso con gran ascendiente sobre sus soldados¹¹. Ya octogenario y nombrado cónsul por el también anciano emperador Nerva, se rompió la cadera al caerse mientras intentaba sostener un rollo de papiro, y falleció poco después a consecuencia de las secuelas del golpe. Fue enterrado con honores públicos y, en su funeral de Estado, le tocó pronunciar el discurso de condolencia precisamente al historiador Tácito, que a la sazón ocupaba el cargo de cónsul adjunto o *suffectus*. Tanto Plinio el Joven como el propio Tácito alabaron a Rufo en su obra y el primero traza en la primera carta de su libro segundo un afectuoso retrato de su tutor y nos transmite su epitafio: *Hic situs est Rufus, pulso qui Vindice quondam Imperium asseruit non sibi sed patriae* («Aquí yace Rufo, quien después de derrotar a Vindex, no tomó el poder, sino que se lo entregó a la patria»)¹².

He escogido el ejemplo de Verginio Rufo porque Plinio el Viejo debió de conocerlo bien, ya que estaban unidos por lazos de amistad y cierto parentesco. Ambos ilustran a la perfección las posibles carreras que se desplegaban para hombres de diferente clase social pero estrechamente vinculados por los lazos familiares, políticos e incluso militares derivados de la pertenencia a una misma ciudad y al reducido grupo de familias que conformaban la élite de la misma. Plinio el Viejo, sin embargo, siempre perteneció al orden de los caballeros y, a pesar de los altos cargos que acabó desempeñando, no alcanzó un asiento en el Senado que le permitiese la adscripción a la más elevada categoría social de su tiempo, la senatorial, como en efecto sí le ocurrió a Rufo y también a su sobrino. Debemos tenerlo en cuenta a lo largo de este libro: Plinio el Viejo pertenecía, insistimos, a la clase ecuestre, y más concretamente, a la de los caballeros de extracción provincial, que formaban el

11 Dión Casio, *Historia Romana* LXIII, 22, 1-2; Plinio el Joven, *Epistolae* II, 1; VI, 10; IX.19. (A partir de aquí, *Epist.*).

12 Plinio el Joven, *Epist.* II, 1. Sobre Rufo, vid. Eck, Werner (2002): «Verginius» II 1. *Der Neue Pauly*. Band 12/2. Metzler: Stuttgart 2002, Col. 63 f.

grueso de la aristocracia fuera de Roma, una clase a la que también pertenecía el primer emperador de la dinastía que sucederá a Nerón, Flavio Vespasiano. A lo largo de su obra, Plinio mostrará un exacerbado orgullo de pertenencia a esta clase social. Los emperadores Flavios, tras el marasmo del levantamiento militar contra Nerón y un año de guerras civiles, supieron insistir en la idea de que una de las bases de solidez del Imperio radicaba en el apoyo de la clase de los caballeros, y en un lógico *quid pro quo* político, se fortaleció la estructura de su carrera militar y administrativa, lo que les permitía ocupar cargos públicos tan relevantes como gobiernos provinciales y mandos militares de diversa índole. El caso de Plinio, en ese sentido, será ejemplar, y el de su sobrino como senador también lo será a su modo. Ambos expresan las diversas posibilidades de promoción que ofrecía el Imperio a la aristocracia provincial y, en cierto sentido, la expresión de una cierta meritocracia apoyada en la influencia de familiares y protectores. A otro nivel, también pone de relieve lo importante que era gozar de la confianza del emperador para ocupar cargos de la más alta responsabilidad.

Era la marca del Imperio. Un siglo y medio antes, la mayor parte de los habitantes de estas provincias alpinas ni siquiera formaban parte activa de la estructura del estado romano, y muchas de las ciudades que ahora nutrían de hombres capaces la estructura administrativa y militar del Imperio no eran una parte real y productiva del mismo. Ese era el caso de Como. La ciudad en la que nació Plinio el Viejo había sido refundada con colonos romanos por Julio César en el año 59 a. C. al lado de la antigua ciudad celta. Y solo diez años más tarde, en el 49 a. C., César había integrado al estado romano a toda la provincia de la Galia a este lado del Po, conocida como Galia Cisalpina, concediéndole el estatuto de ciudadanía latina, una ciudadanía que en el ámbito provincial era un poco más reducida que la propiamente romana. Si la familia de Plinio procedía de ese reducido grupo escogido por César para refundar la ciudad, conocida durante toda la Antigüedad como *Novum Comum*, Como Nuevo, nunca llegaremos a saberlo, pero lo cierto es que tanto él como los suyos debieron de jugar un relevante papel a nivel local.

Para ir a Como desde Milán hay que tomar la Autopista A9, la llamada Autopista de los Lagos. La ciudad está cerca, a solo 40 km. Es un recorrido que aparenta ser más largo de los veinte minutos que dura, sobre todo si no se conoce la carretera. Hoy, Como es más conocida por su homónimo lago que por la ciudad misma. El lago, llamado Lario en época romana, merece una excursión al detalle para ir deteniéndose en

los numerosos pueblos que jalonan sus orillas en forma de Y invertida. La zona es particularmente hermosa y desde el siglo XVIII lleva acogiendo en sus villas a lo más granado de la aristocracia de la sangre y del dinero de Europa y América.¹³

Alrededor del lago se suceden los enclaves medievales y restos más antiguos que hablan de su origen celta. Llama la atención, sin embargo, la escasez relativa de restos romanos en los alrededores. En el Museo Arqueológico de Lecco puede verse el más importante, el mosaico encontrado en la villa de Lierna en 1876, que suele vincularse a Villa Comedia, una de las residencias heredadas por Plinio el Joven por parte de su madre en la zona, y, por tanto, propiedad de la familia Plinia Secunda¹⁴. Es todo lo que tenemos de Plinio el Viejo y quizá, si la atribución es correcta, lo más cercano que podemos encontrar a un lugar que pudiera haber llegado a habitar antes de convertirse en propiedad de su sobrino.

13 En el cercano pueblo de Tremezzo, por ejemplo, está Villa Carlota, construida en 1843 como regalo para Carlota de Prusia. Es en la carretera de Como a Benaggio donde se concentran la mayor parte de las villas históricas, que forman por sí mismas un espectacular recorrido por la arquitectura señorial del Neoclasicismo hasta el siglo XX. Hoy viven a la orilla del lago actores de Hollywood como George Clooney, en Villa Oleandra, en Laglio, cerca de la localidad de Menaggio. Precisamente, en la propia Menaggio está situada Villa Melzi, tan conocida para los amantes de la música. Entre sus muros vivió Fran Liszt con su amante, la suiza Marie de Flavigny, casada con el Conde de Agoult. Ciertas biografías afirman que en Villa Melzi nació en 1837 Cosima Liszt, aunque en realidad nació en Como, en el Hotel dell'Angelo, el 24 de diciembre, y fue bautizada en la catedral el día 26.

En este lago nació, en buena medida, una parte de la actual Italia, o mejor dicho, de la actual idea de Italia como país. Manzoni en *Los Novios* dedica el primer capítulo a sus aguas, y el lago fue también lugar de parada obligada para buena parte de los artistas y literatos europeos que han recorrido la Península Itálica en los trescientos últimos años: Goethe lo describe en detalle en sus *Cartas de Italia*. Montesquieu lo visitó en 1728, Stendhal, que se sentía ante todo y sobre todo, un milanés, lo recorrió en 1812, Chateaubriand también escribió unas bellas páginas sobre él en sus *Memorias de Ultratumba*. Los Shelley estuvieron a punto de instalarse en una villa que los tuvo cautivados, y Flaubert visitó la ciudad, el lago y sus alrededores en 1845. Lecco, situada frente a Como, en la otra vertiente del lago, fue una de las ciudades clave, con Milán, para comenzar la unificación del país en el siglo XIX. Más al norte, en Dongo, fue detenido y ajusticiado Mussolini, y comenzaba una nueva etapa de la historia de la Italia contemporánea.

14 Sobre las propiedades y residencias de Plinio el Joven a lo largo de Italia y en la zona de Como, puede encontrarse información en el propio autor, Plinio el Joven, *Epist.* VII, 11.

La ciudad de Como es relativamente pequeña. Su bello casco histórico se recorre rápido y todo él parece conducir a la imponente Piazza del Duomo de Santa Maria Assunta. A izquierda y derecha, la fachada de la catedral está flanqueada por sendas estatuas de Plinio el Viejo y Plinio el Joven en sus respectivos edículos¹⁵. Las esculturas, de fines del siglo XV, son obra de Tommaso Rodari, según la antigua Baedeker que estoy consultando. Tommaso fue nombrado primero *fabricans figurarum* del *duomo* y con posterioridad, maestro arquitecto del conjunto, junto con su hermano, tras suceder a su padre Giovanni, que había iniciado esas obras.



Hornacina que representa a Plinio el Viejo en el frontispicio de la Catedral de Como, con la inscripción laudatoria de Benedetto Giovio en el lado inferior.

15 Sobre la importancia de estos monumentos y su repercusión en el Quattrocento italiano, vid. McHam, S. B., 2005, «Renaissance Monuments to Favourite Sons», *Renaissance Studies*, vol. 19, núm. 4, sept. 2005, pp. 458-486. Sobre la cuestión en particular de la familia Rodari y la Catedral de Como, vid. p. 482 y ss.

El humanista Benedetto Giovio (1471-1545) compuso en 1498 la inscripción de la lápida que ilustra la estatua de Plinio el Viejo. Fue inaugurada, junto con la de su sobrino, el 1 de mayo de ese año¹⁶:

La ciudad de Como ha honrado con este monumento a Gayo Plinio Segundo, su incomparable conciudadano, un hombre honrado por su ingenio, preclaro por sus cargos, admirable por su sabiduría, merecedor en su momento de la amistad de los emperadores Vespasiano y Tito, que superó a todos los escritores por la cantidad y variedad de su obra. Me agrada un honor tan grande y me agrada esta fama, Segundo; pero más me agrada que mis conciudadanos hayan colocado este recuerdo.

Un espléndido dístico elegíaco cierra esta composición, que muestra la excelente formación clásica de Benedetto Giovio, uno de tantos ejemplos de la mezcla de carrera académica y política de un humanista del Quattrocento de una capital del norte de Italia. Giovio, hijo y nieto de notarios, ocupó importantes puestos municipales y llegó a canciller de la ciudad, un puesto que mantuvo los doce últimos años de vida. Su nombre da hoy título a uno de los liceos de Como, un edificio histórico que en el siglo XIX tenía también en su portada sendos retratos de ambos Plinios. En su *Historia de la ciudad*, Benedetto Giovio defendió con fuerza el origen comense de ambos Plinios. Lo mismo hizo su muy famoso hermano menor, Paolo (1483-1552) desde su formación médica, filosófica y naturalista¹⁷. Como no podía ser de otra manera, la tumba de Benedetto Giovio se encuentra en el interior de la propia catedral.

16 El original latino reza:

«Ordo Populusque Comensis | C. Plinium Secundum | mactum ingenio uirum dignatione clarum | doctrina admirabilem ut qui olim | imperatorum Caesarum Vespasianorum amicitiam | meruerit officia maxima gesserit ac scriptores | uniuersos copia et uarietate soprauit | municipem suum incomparabilem | estatua et ellogium ornauere.

Tantus honor dulcisque iuuat me fama Secundum et magis conciues haec posuisse meos».

Cf. Mozi, Mirko (2020). *Tommaso Rodari e il Rinascimento comasco. Un'indagine sul cantiere del Duomo di Como tra XV e XVI secolo*. Mendrisio: Mendrisio Academy Press / Silvana Editoriale, p. 147.

17 Sobre la fascinante figura de Paolo Giovio, es imprescindible Zimmerman, T. C. (1995). *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press. Paolo se propuso, a partir de su libro de 1546, *Elogia ueris clarorum uirorum imaginibus apposita. Quae in*

Pero en realidad, si nos fijamos bien, la estatua y la inscripción nos están señalando algo más: constatan la reivindicación oficial que Como estaba haciendo de sus hijos más ilustres en un momento, las postrimerías del siglo XV, en que todas las ciudades italianas estaban inmersas en una carrera de apropiaciones de escritores latinos para hacer más importante el nombre y el prestigio de cada lugar. La expresión que acabo de usar, carrera de apropiaciones, no es casual. De hecho, Como tuvo que competir con los poderosos intentos de Verona por reivindicar para sí la patria de Plinio el Viejo, y durante unos cuantos siglos las opiniones eruditas estuvieron divididas al respecto¹⁸. Hoy, por supuesto,

ioviano musaeo Comi spectantur. Venetiis apud Michelem Tramezinum. En la actual Villa Gallia, de Borgovico, junto al lago Como, Paolo Giovio erigió una residencia-museo en la que exponía los retratos de hombres ilustres de letras y armas que describió en este libro, así como otros objetos artísticos. La colección de retratos se trasladó a finales del xvi a Como. Hoy puede verse parte de esta en el Palazzo Volpi de Como. Paolo Giovio concibió esa residencia como una imitación, precisamente, de la residencia de Plinio el Joven, que tomó como modelo antiguo de refinamiento y nobleza. Al mismo tiempo, Paolo Giovio también tuvo presente el modelo erudito de Plinio el Viejo, desde su formación médica y su interés en el mundo natural en sus estudios universitarios en Padua y Pavía y luego, en sus primeras obras al servicio del papa Clemente VII. A este respecto, es muy interesante lo que traslucen dos de sus escritos como *De romanis piscibus* (1524) o el perdido y en todo caso anterior a 1528, *De hammocrysi lapidis virtutibus epistula*, «Carta sobre las virtudes de la piedra ammocrisica», precisamente sobre un objeto únicamente descrito por Plinio el Viejo. El *De romanis piscibus* aún hoy es un texto tan interesante como ameno, que trasluce la gran calidad literaria de Paolo Giovio y su fina erudición.

- 18 La reivindicación de la patria de los escritores antiguos se asemejaba a las rivalidades entre ciudades y obispados por reclamar reliquias de santos. Verona, desde el xiv, con Petrarca y Guarino de Verona, llevaba reivindicándose como lugar de nacimiento de escritores como Catulo, Nepote y los dos Plinios, algo que a lo largo del xv se convirtió en un lugar común de la erudición humanística local. Giovanni de Matociis, quien identificó correctamente a tío y sobrino como dos autores diferentes, estaba seguro de su procedencia veronesa, con él, humanistas afamados, de la talla de Lorenzo Valla o Flavio Biondo, a otros menos esclarecidos. Podemos ver un ejemplo conspicuo de este *affaire* de Verona en la figura de los humanistas Mateo Ruffo y Pietro Donato Avogaro. Unos y otros utilizaban los mismos datos en la defensa veronesa de los Plinios: al inicio de la *Naturalis Historia*, en la dedicatoria al príncipe Tito, Plinio el Viejo cita al poeta Catulo como «coterráneo» o «paisano», y alude también al historiador y amigo de Catulo Cornelio Nepote. Esto, unido al hecho de que algunos manuscritos hablasen de él y de su sobrino como Plinius Veronensis, fue lo que llevó a esa identificación, que se mantuvo durante siglos hasta afianzarse la identificación lógica entre los Plinios y Como, defendida sin ningún género de dudas por Benedetto Giovio, *Historiae Patriae*, 1629 (Como, New Press, 1982, vol. 2, p. 237 y ss). Vid. Monti, Carla Maria (2003). «Matteo Rufo, la patria di Plinio e un

estos debates solo tienen el interés de ejemplificar un periodo histórico y con él unas formas públicas de filología y cultura humanística.

Pocas, muy pocas son las huellas de Plinio el Viejo en su ciudad natal, aparte de la estatua del Duomo. Para averiguar más sobre su figura y la relación con Como, en la Oficina de Turismo nos remiten, únicamente, al Museo Arqueológico Paolo Giovio. No debe extrañarnos. Como es, hoy, archidifusamente, la patria de Alessandro Volta, el inventor de la pila eléctrica, y por eso la amable encargada me insiste en que debo visitar el Voltiano, el templo dedicado al científico, construido por Francesco Somiani en 1828 a instancias de un pastelero enriquecido.

Escasas son, también, las actividades al amparo institucional que en la actualidad podemos encontrar sobre Plinio en su ciudad. El principal referente es la Società Archeologica Comense, que ha dedicado varias publicaciones a la figura de Plinio el Viejo y que realiza una gran labor académica y divulgativa en su campo, con publicaciones interesantes y organización de congresos. En 1979, hace poco más de 40 años, la Sociedad organizó dos importantes convenciones sobre la figura de Plinio el Viejo, con motivo del 1900 aniversario de su fallecimiento. Desde entonces, la reivindicación de la figura de Plinio ha pasado a un discreto segundo plano. Hoy, en los estantes con publicaciones a la venta, ocupan el espacio más relevante publicaciones más generales sobre las excavaciones romanas y medievales del entorno, pero también sobre el Como moderno y la evolución de la ciudad en los últimos trescientos años.

En cierto sentido, el relevo de la Società Archeologica Comense en lo respectivo a Plinio lo ha tomado la mucho más reciente Accademia Pliniana, la única asociación académico-cultural que se dedica de manera exclusiva a rescatar la figura de Plinio el Viejo a través de conferencias, publicaciones y exposiciones. La Accademia Pliniana ha colaborado también en la restauración del Jardín Botánico Romano en el patio del Palazzo Olginati del Museo Paolo Giovio. El periodista Pietro Berra es uno de los integrantes de esta sociedad, que entre sus proyectos

manoscritto di dedica passato in tipografia», Grohovaz, Valentina (ed.) (2003). *Libri e lettori a Brescia tra medioevo e età moderna. Libri e lettori a Brescia tra Medioevo ed età moderna. Atti della giornata di studi (Brescia, Università Cattolica, 16 maggio 2002)*. Brescia: Grafo, pp. 203-254; Sobre de Matociis y su texto, vid. Merrill, E. T. (1910). «On the Eight-Book Tradition of Pliny's Letters in Verona», *Classical Philology*, vol. 5, núm. 2, abril de 1910, pp. 175-188. Cf. Sobre la polémica, McHam, S. B. (2013). *Pliny and the Artistic Culture of the Italian Renaissance*. New Haven-London: Yale University Press, p. 157 y ss.

busca financiación europea para llevar a cabo diversos actos de conmemoración del bimilenario del nacimiento de Plinio el Viejo en 2023, que pretenden que tenga tanta repercusión como en su momento la tuvieron los dos congresos anteriores que organizó la Società Archeologica. Aunque el interés académico está presente a través de varias conferencias, jornadas y exposiciones organizadas en los últimos años, la Accademia Pliniana tiene objetivos más amplios relacionados con una visión muy diferente de la cultura, pero también de la propia ciudad. Lamentablemente, la pandemia de COVID-19 dejó en suspenso los proyectos de la asociación para el 2020 que solo se recuperaron en parte ese año, y también durante 2021 y 2022¹⁹. Todos los ojos están puestos, más que nunca, en el bienio 2023-2024 para celebrar el bimilenario de nuestro autor. Esperemos que Plinio el Viejo no se vea obligado a esperar hasta el 2079 para un festejo acorde a su importancia. Pero hoy por hoy, a finales de 2022, todo sigue siendo dudoso.

Junto con las conferencias, la Accademia Pliniana comisarió en noviembre de 2019 en el Palazzo del Broletto de Como la exposición multimedia «The faces of Plinio - Natura est vita», organizada por la Fundación Alessandro Volta y en la que también intervino de manera importante el MAV (Museo Arqueológico Virtual) de Herculano. El grueso de la exposición se basaba en diversas proyecciones sobre la vida y la obra del autor, y sus relaciones con diferentes lugares del Imperio, en particular, como no podía ser de otra forma, con Roma y Pompeya. Lamentablemente, la exposición cedió al espectáculo exponiendo entre varias piezas, un fragmento identificado como del cráneo de Plinio. El público respondió con fervor, apoyado por la difusión que dicho «hallazgo» adquirió en las páginas de cultura de diversos periódicos europeos. Me enteré de ello gracias a una antigua alumna, que me llamó entusiasmada en febrero de 2020: «¿Te has enterado? Han encontrado el cráneo de Plinio en una excavación cerca de Nápoles».

Tuve que decirle que no sabía nada, y que me asombraba que pudieran identificar tan en detalle un hallazgo arqueológico de semejante calibre, cuando, además, contradecía todo lo expuesto por la información de Plinio el Joven. Me temía que estábamos más en un juego de *clickbait*s por parte de cierta prensa que ante algo que tuviese cualquier mínimo viso de seriedad. En ese mismo periodo, durante el confina-

19 <https://www.accademia-pliniana.org/it/progetti>, consultado el 23 de mayo de 2022.

miento, me llegó, además, recién publicada en inglés, *Bajo la sombra del Vesubio. Vida de Plinio*, de Daisy Dunn, que dedica parte de su capítulo segundo a comentar esta cuestión. El libro es uno de los mejores que se han escrito desde el ensayo histórico-divulgativo sobre la figura de ambos autores, y el mejor homenaje que ambos Plinios han recibido en las últimas décadas. Ha sido un acierto la pronta aparición de la excelente traducción española a cargo de la poeta y crítica literaria, además de traductora, la sevillana Victoria León²⁰.

Navegando por internet, las conclusiones quedaron claras: a principios del siglo xx, en 1900, un ingeniero de caminos y arqueólogo aficionado, Gennaro Matrone (1848-1927) que trabajó en la zona y había construido la carretera que llegaba a 900 m del Vesubio, excavó en Estabia, y encontró una serie de esqueletos, 72, víctimas de la erupción del Vesubio. Entre ellos había uno que portaba un uniforme militar de alto rango. Con el apoyo de un diplomático francés, la imaginación de Matrone hizo el resto, e identificaron los restos del cráneo como de Plinio el Viejo sin más argumentos que su propia intuición, y así se llegó a publicar en un curioso folleto que todavía puede leerse en algunas bibliotecas europeas, *Précis historique sur les fouilles exécutées par M. l'ingénieur J. Matrone* (Castellammare di Stabia, Tipografía di Martino, 1903).

Por supuesto, la comunidad académica prestó un interés nulo a la identificación, y más bien se lamentó de que Matrone no hubiese tenido problema alguno en vender en el mercado anticuario la mayor parte de los restos que pudo, incluidas las joyas y todo lo relacionado con el uniforme de lo que él identificó como de Plinio. Al final, Matrone acabó regalando el cráneo a un amigo, y a la muerte de este, la familia lo donó al Museo Histórico de Arte Sanitario en Roma, donde descansó durante décadas en un armario con una etiqueta amarillenta que identificaba escuetamente aquellos huesos como «cráneo de Plinio». En el año 2004, el ingeniero y periodista publicitario Flavio Russo (Torre del Greco, Nápoles, 1947), junto con su hijo Ferruccio Russo (Nápoles, 1980) rescataron esta historia en el libro *79 d. C. Rotta su Pompei. Indagine sulla scomparsa di un Ammiraglio* (ed. *Scientifiche e Artistiche, Napoli, 2007*). Ambos han vuelto sobre el tema en 2013 con la adaptación de esta obra dentro de la publicación del Estado Mayor de la Defensa *79 d. C. Rotta*

20 Dunn, Daisy (2021). *Bajo la sombra del Vesubio. Vida de Plinio*. Madrid: Siruela. Trad. española de Victoria León.

su Pompei. *La Prima Operazione Di Protezione Civile*. Alguien en *La Stampa* de Milán encontró aquí la oportunidad para hacer de aquella *boutade* una noticia de alcance nacional: se recaudarían fondos para financiar un estudio que demostrase que, efectivamente, ese cráneo era el de Plinio el Viejo²¹. Nadie pareció pensar en que en toda aquella empresa no había lógica ni academicismo; en realidad, ni siquiera espectáculo. Plinio el Joven cuenta que, tras la erupción, encontraron su cadáver sin daños externos, como dormido, lo cual debería indicar, como conclusión obvia, que se recogieron sus restos y debió de dárseles algún tipo de honra fúnebre, posiblemente. Bajo el supuesto estudio solo había fuegos de artificio. La investigación, presentada ese febrero de 2020, «demostró» que, efectivamente, aquel «era» el cráneo de Plinio con un enorme porcentaje de posibilidades. Curiosamente unos meses antes, en 2019, había aparecido el libro de Flavio Russo *Era Plinio il Vecchio?* (Flavius Edizioni, 2019), que también volvía a defender la atribución de aquellos fragmentos a Plinio. La credibilidad de la noticia es inversamente proporcional al enorme tamaño del titular, pero diversos periódicos europeos, siguiendo a *La Stampa*, la consideraron veraz. ¿El cráneo de Plinio? La famosa investigación se había concluido teniendo que admitir que Matrone había juntado un cráneo con una mandíbula que pertenecía a otra persona, un adolescente de raza negra. Del mismo modo que el cráneo en cuestión pertenecía a un hombre de unos 40 años de edad, oriundo, eso sí, de la zona de Como. La distancia insalvable del hecho verídico y firme de que Plinio murió a los 56 años quedó anulada en favor de la procedencia del cadáver, sin mayores explicaciones. Ser de Como suponía indefectiblemente que tenía que ser Plinio el Viejo. El estudio en detalle no se ha hecho público hasta el momento y hasta donde he sabido, la comunidad científica no ha tenido acceso en detalle al mismo, a no ser a través de la propia noticia de *La Stampa*, difundida por todo lo largo y ancho de Europa y América a través de diferentes agencias de noticias. Podríamos calificarlo de risible si no fuese porque el «descubrimiento» del cráneo de Plinio refleja las nuevas maneras de cierto periodismo cultural. En el plano arqueológico, convierte descubrimientos simples sin demasiada trascendencia en hallaz-

21 Cionci, A. (2017). «Il cranio di Plinio il Vecchio perso nei meandri della burocrazia». *La Stampa*, 26 de agosto de 2017. <https://www.lastampa.it/cultura/2017/08/26/news/il-cranio-di-plinio-il-vecchio-perso-nei-meandri-della-burocrazia-1.34441372> consultado el 19 de enero de 2022.

gos revolucionarios, aunque no tengan ni la más mínima coherencia científica: a lo largo del 2020, si nos dejamos llevar por los periódicos «serios», se han descubierto el cráneo de Plinio el Viejo y la Tumba de Rómulo. Daisy Dunn demuestra una cautela ejemplar sobre el tema en su libro sobre ambos Plinios, aunque ha colaborado en el artículo que mejor ha desmontado esta cuestión, publicado por esas mismas fechas de febrero de 2020²².

La cuestión no ha mejorado en los últimos años. En el mes de mayo de 2021, numerosos medios de comunicación de Europa y América dieron noticia del asombroso hallazgo de uno de los soldados de Plinio el Viejo, aunque parece que, en realidad, los restos se habían encontrado cuarenta años antes, cuando se descubrió el cúmulo de esqueletos de Estabia muertos debido al flujo piroclástico²³. Los hechos que podemos describir son simples. Se descubrió a un militar anónimo con una armadura lo suficientemente adornada como para ser considerado un oficial, que tenía encima el dinero equivalente a un mes de la paga pretoriana, y un saco de herramientas de carpintería naval. Se pueden hacer, por supuesto, muchas elucubraciones, pero estas no dejarán de estar en el rango de hipótesis que no se pueden confirmar, y menos dar por sentado que pertenecía a la expedición de Plinio. Por supuesto, si se considera que el propio Plinio, a tenor de su cráneo, estaría por allí cerca, el tema encajaría como un guante, pero una cosa es la ciencia y otra muy distinta es el espectáculo. Obviamente, es muy posible que fuese un hombre vinculado a la flota comandada por Plinio, pero, de nuevo, solo es una idea a tener en cuenta, aunque sea bastante plausi-

22 Dunn, Daisy (2021). *op. cit.*, p. 148. Cf. Lidz, Franz (2020). «Here Lies the Skull of Pliny the Elder, Maybe». *The New York Times*, 14 de febrero de 2020, <https://www.nytimes.com/2020/02/14/science/pliny-archaeology-skull-vesuvius.html>. Consultado el 28 de diciembre de 2021.

23 Gómez Fuentes, Ángel, (2021). «Hallan a uno de los trescientos héroes de Plinio el Viejo que murieron asfixiados por el Vesubio», *ABC*, 12 de mayo de 2021. https://www.abc.es/cultura/abci-hallan-trescientos-heroes-plinio-viejo-murieron-asfixiados-vesubio-202105102200_noticia.html. Consultado el 20 de diciembre de 2021; Cf. «Revelan el triste final del esqueleto hallado a orillas del volcán Vesubio», *La Nación*, 21 de mayo de 2021. <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/revelan-el-triste-final-del-esqueleto-hallado-a-orillas-del-volcan-vesubio-nid21052021/>. Consultado el 29 de diciembre de 2021. Cf. Martyn, R. & Craig, O. & Ellingham, S. & Islam, M. & Fattore, L. & Sperduti, A. & Thompson, T. (2020). «A re-evaluation of manner of death at Roman Herculaneum following the AD 79 eruption of Vesuvius». *Antiquity*, 94 (373), pp. 76-91. doi:10.15184/aqy.2019.215. Consultado el 12 de diciembre de 2021.

ble. Tal vez en todo ello haya también cierto intento por parte del Parco Archeologico di Ercolano de reivindicar públicamente la importancia de su trabajo en un contexto internacional muy competitivo; de ahí estas notas de prensa dotadas de cierta espectacularidad.

O quizá sea, por mi parte, una simple cuestión de escepticismo casi absoluto respecto de estos temas.

Si dejamos atrás el cráneo de Plinio y regresamos a los datos bien conocidos de su biografía, conviene decir que no sabemos mucho acerca de la familia de nuestro escritor, y la totalidad de su infancia en Como. Solo podemos hacer aproximaciones a partir de los datos habituales sobre la época y personas de su misma adscripción social.

Como joven acomodado de la clase ecuestre, Plinio debió de pasar su infancia con diversos preceptores en su hogar, y luego, dentro del acostumbrado itinerario educativo, debió de hacerse cargo del muchacho un *grammaticus*, es decir, un maestro, de gramática (griega y latina), y también de literatura y composición en sentido amplio. El último paso educativo sería el recibir clases de un *rhetor*, el maestro de retórica²⁴ y oratoria, en las que Plinio debió de brillar, a tenor de su interés posterior en esta disciplina, de la que llegó a publicar un manual.

Podemos suponer que al menos esta última etapa con un *rhetor* de mayor o menor renombre Plinio el Viejo no la hizo en Como. Su sobrino Plinio el Joven, en una carta dirigida a Corelia Hispula, le recomienda precisamente la escuela de Julio Genitor como maestro de retórica para su hijo²⁵ y se lamenta de que siga sin existir en Como la posibilidad de estudiar retórica con buenos maestros, y que al joven no le quede más remedio que irse a estudiar a Milán. Es dudoso que la situación fuese mejor una generación anterior, cuando Plinio el Viejo tenía la edad de ese muchacho. Si Plinio el Viejo estudió retórica en Milán o Roma, jamás lo sabremos. Es muy posible que, en ambos lugares, pero dada su posición y su carrera posterior, casi con certeza podemos suponer que fue en la capital, lo mismo que su sobrino. Aproximadamente una generación antes de Plinio, el padre del poeta Horacio, un humilde liberto de Venusia, se instaló en Roma para que su hijo tuviera más

24 Marrou, H.-I. (1985). *Historia de la educación en la Antigüedad*. Madrid: Akal, pp. 214-226, y Bonner, S. (1984). *La educación en la Roma Antigua. Desde Catón el Viejo a Plinio el Joven*. Barcelona: Herder, pp. 297-298. Morgan, T. (1998). *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*. Cambridge: Cambridge University Press.

25 Plinio el Joven, *Epist.* III, 3.

posibilidades de éxito social a través de una buena educación. Horacio nos dejó grabado el nombre de su *grammaticus*, el infame Orbilio, que tenía una vara que era el terror de sus alumnos, y que Horacio detestaba de adulto igual que el primer día²⁶. Posteriormente, Horacio pasó a formarse en retórica con maestros como Quinto Remio Fannio Palemón, autor de un interesante tratado sobre pesas y medidas *De ponderibus et mensuris* que Plinio el Viejo leyó y consultó²⁷. Algunos filólogos han conjeturado que Plinio quizá comenzase sus estudios de retórica con Arelio Fusco, uno de los principales declamadores de su época. El dato se basa en que en la *Naturalis Historia* se cuenta que a este *rhetor* se le retiró del orden ecuestre por una calumnia²⁸. La hipótesis parece demasiado aventurada y en todo caso, es muy endeble.

Los estudios de retórica solían terminar en el ejercicio de la abogacía. Plinio la desempeñó en la capital durante varios años, durante el gobierno del emperador Claudio (41-54 d. C.), si tenemos en cuenta el hecho de que cuando este fue nombrado emperador por la guardia pretoriana, nuestro autor tenía dieciocho años. Claudio, además, legisló en detalle los pasos a seguir respecto del acceso a los cargos públicos para la clase de los caballeros, es decir, el orden ecuestre y, asimismo, para el orden senatorial. Cualquier caballero que quisiera tener una carrera pública debía pasar primero por el ejército, y luego encargarse de procuraturas variadas, que con Claudio se convirtieron en cargos adjuntos al gobernador o incluso en ciertas provincias, con categoría gubernativa, aunque también existían otras procuraturas con las atribuciones más tradicionales de cargos de administración y control de las finanzas públicas a nivel provincial. El cargo de gobernador o procurador con carácter gubernamental era una de las metas ansiadas al ostentar cargos de importancia en las provincias adscritas como ecuestres frente a las senatoriales, dirigidas exclusivamente por hombres de esta posición social²⁹.

Si Plinio el Viejo quería realizar una carrera política, tenía que hacerlo cumpliendo el escalafón de cargos imperiales reservados a los

26 Horacio, *Epist.* II, 1, 68-71.

27 Plinio el Viejo, *NH* XIV, 4; XXXIII, 152.

28 Plinio el Viejo, *NH* XXXIII, 12, 152.

29 Pflaum, Hans-Georg (1950). *Les procureurs équestres sous le haut-empire romain*. Paris: A. Maisonneuve; Pflaum, Hans-Georg (1960) [1982] (suppl.]. *Les carrières procuratoriennes équestres sous le haut-empire romain*. Paris: Geuthner; Faoro, Davide (2011). *Praefectus, procurator, praeses. Genesi delle cariche presidiali equestri nell'Alto Impero Romano*. Florencia: Le Monnier..

caballeros, comenzando por los militares, como estaba establecido. Así que, en un momento determinado de su juventud, Plinio se enrola en el ejército, como oficial (*praefectus*) al cargo de una cohorte auxiliar, es decir, una unidad complementaria a la legionaria formada por soldados no ciudadanos romanos. Plinio fue destinado a Germania. Allí desempeñará toda su carrera militar inicial.

Las provincias de Germania eran uno de los puntos calientes del Imperio. Por los años en que Plinio entra en el ejército, grandes contingentes de esos lugares habían ido sustituyendo a los destinados para la invasión de Gran Bretaña, que pocos años antes había llevado a cabo el emperador Claudio en el 43, con legiones bregadas bajo las guerras germánicas como la Segunda Augusta, al mando del futuro emperador Vespasiano, la Novena, la Decimocuarta Legión Gemina o la Vigésima. La situación en Germania, dividida en dos provincias militarizadas con el rango de pretorianas, esto es, adscritas directamente al Emperador, la Germania Superior y Germania Inferior, era de manera constante tan volátil como problemática. Poco más de cuatro décadas antes, en el 9 d. C., catorce años antes del nacimiento de Plinio, Roma había sufrido una de las mayores pérdidas militares de su historia. Tres legiones completas al mando de Quintilio Varo fueron destruidas por una coalición germana en el bosque de Teutoburgo, en la actual Kalkriese, en la Baja Sajonia. Se calcula que entre legionarios y tropas auxiliares debieron de morir unos veinte mil efectivos del ejército romano. Roma se vio obligada a retirarse hasta el Rin y establecer allí su frontera occidental. En la década de los cuarenta, las hostilidades de los germanos se acrecentaron. En el año 47, los Caucos y los Coruscos se levantaron en armas contra los romanos en la Germania Superior, cuyo gobernador provincial era un militar de carrera, Gneo Domicio Corbulón, y es muy posible que en ese tiempo Plinio sirviese a sus órdenes. Posteriormente, Plinio sirvió bajo el mando de un hermanastro de Corbulón, Pomponio Segundo, en la Germania Inferior. En el 50 d. C., el emperador Claudio había nombrado a Pomponio gobernador y legado militar, *legatus*, con la finalidad de sofocar otra importante revuelta, la del pueblo de los Catos. Pomponio llevó a cabo una campaña que hizo que por primera vez tropas romanas se adentrasen de manera considerable en territorio germano. Aunque los resultados estratégicos no estuviesen a la altura del éxito táctico alcanzado, los logros de Pomponio fueron alabados y recompensados en Roma.

Plinio debió de destacar lo suficiente como para granjearse la confianza de su comandante en jefe y posteriormente recibió su ascenso,

según el *cursus honorum* ecuestre, a tribuno de la legión. Es posible que la amistad entre ambos hombres hubiese comenzado en Roma, en los años de formación del propio Plinio, pero desde luego, se afianzó en Germania en la década de los 50. Posteriormente, Plinio fue ascendido a prefecto de ala de caballería auxiliar en Castra Vetera, mientras esta región, la Germania Inferior, estaba gobernada por Pompeyo Paulino y luego por Duvio Avito, al menos debió ocupar este puesto hasta el año 58 d. C.³⁰.

Si se visita el Museo Británico, puede verse expuesta una pieza curiosa: una espléndida fálera de plata y bronce, una protección metálica para una montura de caballería, con el retrato del emperador —suele atribuirse a Claudio— en la que alguien grabó a base de puntos PLINIO PRAEF. EQ., es decir, «Bajo el mando de Plinio, prefecto de caballería»³¹.

Las hipótesis para este juego de montura son tres: o bien perteneció al propio Plinio, o a un oficial o soldado del ala de caballería de Plinio o, tal vez, se ha sugerido que todos los soldados de caballería de su cohorte tenían un juego de arreos de parada similar que los identificaban frente al resto de cohortes de caballería auxiliar de la legión. Nunca sabremos cuál de las tres posibilidades es la correcta, pero uno tiene que ser de piedra para no sentir algo especial cuando contempla en su vitrina ese objeto, y saber que, de un modo u otro, está contemplando algo que, si no perteneció al propio Plinio, desde luego, formó parte de su vida.

Plinio el Joven nos transmite que su tío realizó toda su carrera militar íntegramente en Germania posiblemente tanto en la Superior como sobre todo en la Inferior, con un excelente desempeño y reconocimiento por parte de sus superiores. Calculamos que después del 58 d. C., debió de licenciarse, quizá entre los cinco primeros años de la década de los sesenta. El paso lógico para un hombre de sus cualidades probadas era, por supuesto, el servicio público estatal, pero Plinio fue lo suficiente-

30 Para otras posibilidades respecto a la carrera militar de Plinio, vid. Serbat, Guy (2011). *Plinio el Viejo*. Madrid: Gredos, p. 26 y ss., y en particular, junto con un análisis de las diferentes propuestas de los especialistas, Maxwell-Stuart, Peter G. (1995). *Studies in the career of Pliny the Elder and the composition of his 'Naturalis Historia'* University of St. Andrews. Thesis Submitted for the Degree of PhD at the University of St. Andrews, pp. 16-66. <http://hdl.handle.net/10023/4605>. Consultado el 21-12-2021.

31 Jenkins, I., Craddock, P., & Lambert, J. (1985). «A Group of Silvered-Bronze Horse-Trappings from Xanten ('Castra Vetera')». *Britannia*, 16, pp. 141-164. La descripción de la fálera puede consultarse en la web del Museo Británico: https://www.britishmuseum.org/collection/object/G_1854-0717-53. Consultado el 21-12-2021.

mente inteligente como para darse cuenta de lo peligrosa que era la situación política en esos momentos, con Nerón como gobernante desde el 54 d. C., y se aprestó a intentar pasar desapercibido. Es posible que ejerciera la abogacía particular en Roma, pero, en cualquier caso, sabemos que Plinio estuvo durante todo el gobierno de Nerón retirado, quizá en alguna de sus propiedades en Como o en el Alto Tíber, en la actual Perugia, dedicado al estudio y a la composición de obras nada comprometidas, de gramática y retórica; también a trabajos como la biografía de su antiguo general Pomponio Segundo, quien debió de ser no solo amigo, sino una especie de mentor para Plinio. Asimismo, redactó un tratado sobre las ambigüedades de la lengua, y una monumental historia de las Guerras de Germania, una fuente usada y alabada por historiadores como Tácito o Suetonio. Un escritor como Quinto Aurelio Símaco (340-402 d. C.), que conscientemente tenía a Plinio el Joven y sus cartas como referentes, se lamentaba de que en su tiempo esa obra era ya casi inencontrable en las bibliotecas romanas³². Podemos suponer que, aunque pendiese siempre la sombra del miedo ante el comportamiento errático, despótico y violento de Nerón, para Plinio, después de la experiencia en Germania, debieron ser unos años relativamente tranquilos, dedicados al estudio, sin grandes contratiempos externos y con alegrías familiares como el nacimiento de su sobrino, en el año 62, cuando Plinio el Viejo contaba ya treinta y nueve años de edad.

LA CARRERA CIVIL

La llegada al poder de Vespasiano lo cambió todo. Las legiones de Vespasiano derrotaron a Vitelio y lo proclamaron emperador en julio del 69 d. C. No solo se había acabado el reinado de Nerón, sino también la turbamulta de los reinados de Galba, Otón y Vitelio. Vespasiano había vuelto a pacificar el Imperio, tenía un hijo joven, Tito, y ambos eran militares honorables y con una hoja de servicios intachable al servicio del Estado. Es posible que Plinio tuviese buenas relaciones con Tito, derivadas de cuando este sirvió en Germania Inferior un breve periodo de dos años, entre el 57 y el 59 d. C., antes de ser destinado a Oriente. Sea como fuere, Plinio retomó su carrera pública³³.

32 Símaco, *Epist.* IV, 18.

33 Algunos autores consideran que pudo haberla iniciado en los últimos años

Lo esperable, dentro del orden ecuestre al que pertenecía, y tras su paso por el ejército, era desempeñar, como procuraturas, diversos cargos de importancia. Al menos sabemos que llevó a cabo tales desempeños en África, a principios de la década de los 70, tal vez en el 72 o 73, y en la Tarraconense a continuación de esta, al año siguiente³⁴. Allí el propretor y legado Larcio Licino, le ofreció una cantidad desorbitada de dinero, cuatrocientos mil sestercios, por sus libros de apuntes, que entonces ya conformaban el considerable número de ciento sesenta. Plinio, nos cuenta su sobrino, no aceptó la oferta³⁵.

Es posible que tanto antes como después de estos destinos desempeñase determinadas labores más o menos regladas para el propio emperador Vespasiano. Plinio el Joven escribe en su carta a Bebio Macro: «Antes del amanecer se dirigía ante el emperador Vespasiano —pues este también era de los que aprovechaban las noches— y desde allí, a la tarea que se le había encomendado. De vuelta a casa, el resto de tiempo lo dedicaba al estudio». No tenemos más datos, pero este pasaje evidencia que había un trato cordial y de intimidad con el Emperador, y no debemos olvidar que, aunque informal, existía la denominación de *amicus principis*, amigo del príncipe, para el personal de mayor confianza del Emperador, que desempeñaba tareas variadas a su servicio y que formaba parte de su círculo de consejeros, algo que también desempeñará su sobrino para con Trajano³⁶. Desde luego, Plinio gozaba de esa máxima confianza por parte de Vespasiano³⁷. Es un dato de capital importancia para entender su figura en esos años, aunque los datos sean terriblemente escasos y más bien inciertos. Si además de estas procuraturas Plinio obtuvo también las de la Galia Narbonense, con

del reinado de Nerón. Vid. Beagon, Mary (2005). *Beagon, Mary (2005). The Elder Pliny on the Human Animal. Natural History Book 7. Oxford: Oxford University Press*, p. 11.

34 Syme, Ronald (1969). «Pliny the Procurator», *Harvard Studies in Classical Philology*, vol. 73, pp. 201-236. Cf. Maxwell-Stuart, Peter George (1995). *op. cit.*, p. 67 y ss., que vuelve a mostrarnos la dificultad para trazar una cronología de los cargos militares y civiles desempeñados por Plinio el Viejo. Maxwell-Stuart ofrece otra posible carrera alternativa para nuestro autor: prefecto de cohorte, tribuno militar a partir del 58 d. C. y prefecto de ala en el 63, habiendo coincidido un año antes, aproximadamente, con Tito. Vid. Laehn, Thomas R. (2013). *Pliny's Defense of Empire*. New York-London: Routledge, Introd. p. 1, n. 1; Healy, John F. (1999). *Pliny on Science and Technology*. Oxford: Oxford University Press, p. 7.

35 Plinio el Joven, *Epist.* II, 24, 9.

36 Plinio el Joven, *Epist.* III, 5, 7.

37 Suetonio, *Vida de Vespasiano* 4.

anterioridad a la africana, y la de la Galia Bélgica, son hipótesis que no podemos confirmar del todo. Lo que sí parece actualmente descartado es que Plinio desarrollase cargos de importancia en Asia. Es cierto que tanto Corbulón como el propio Tito desempeñaron su carrera en esa zona oriental, pero no parece que haya sido así para nuestro autor. La apoyatura de esta hipótesis se debía a una conjetura elaborada en 1884 por el grandísimo historiador y erudito Theodor Mommsen, que reconstruyó el nombre de Plinio en el fragmento incompleto que aludía a un magistrado romano en una inscripción en griego encontrada en Áridos. El texto se refería a un tal... INION ΣΕΚΟΥΝ que el historiador alemán restauró a [ΓΑΙΟΝ ΠΛΑ] INION ΣΕΚΟΥΝ[DON]. De «INIO SEGUN» se pasaba a «GAYO PLINIO SEGUNDO». Eso abría toda una gama de posibilidades de estancia y conocimiento directo de esos territorios, y obviamente, llevaba a posibilidades fascinantes para el estudio de la *Naturalis Historia* porque se daba por supuesto que conocería de primera mano mucha de la información transmitida sobre esa parte del Imperio romano. Hoy la crítica actual tiende a descartar esta opción de un Plinio asiático. A pesar de las lagunas y dificultades con las que nos encontramos en cuanto a los datos, parece que toda la carrera de Plinio, militar y civil fue eminentemente occidental. Y en esto parece haber un consenso generalizado entre los especialistas.

El último nombramiento de Plinio por parte de Vespasiano fue como comandante de la armada de Miseno, un puesto jerárquicamente muy elevado, puesto que esa flota era la encargada de vigilar y mantener el orden de la zona occidental del Mediterráneo y, en concreto, del occidente de la península italiana, un área que incluía la propia Roma y que abarcaba todas las rutas comerciales que llegaban a la capital hasta el Golfo de León. El puesto era de suma importancia política y estaba considerado como mando pretoriano, es decir, dependía enteramente de la confianza del Emperador. De hecho, Plinio no tenía ningún superior, sino que rendía cuentas exclusivamente a Vespasiano, o en caso de ausencia de este, al poderoso jefe de la guardia imperial, el prefecto del Pretorio, que en ese momento era Tito, el hijo de Vespasiano. Además, la *classis misenensis* no solo se ocupaba del control marítimo y salvaguarda costera, sino que realizaba también labores de escolta del emperador y de la familia imperial en sus desplazamientos marítimos o en las cercanías de puertos bajo la jurisdicción de la flota del Miseno. Ese rango pretoriano de la flota del Miseno era el culmen en la carrera de

cualquier funcionario del orden ecuestre como Plinio, pero también fue el punto final de la misma para nuestro escritor.

Alrededor del 104 d. C., Plinio el Joven remite a su amigo el historiador Tácito una carta³⁸ para informarle de los detalles del fallecimiento de su tío en Estabia durante la erupción del Vesubio. La completará con otra donde le narra sus propias vivencias como superviviente, junto con su madre³⁹. Ambas cartas, pero sobre todo la primera, se han convertido en referencias fundamentales para la biografía de ambos Plinios. También han sido leídas, con mucho detalle, por historiadores, arqueólogos, filólogos, naturalistas y vulcanólogos, para entresacar valiosas informaciones sobre la erupción del 79 d. C. A otro nivel, esta epístola se ha convertido también en un texto ineludible en cualquier antología de la literatura latina. De un modo u otro, todo aficionado al mundo clásico ha oído hablar de ella y de su contenido, o ha llegado a leerla en traducción o en el original. De hecho, parte de este texto estaba incluido en el examen de traducción de un parcial de la asignatura de Textos Latinos II en mi época de alumno de Filología Clásica. Creo que el profesor, al elegirlo, intentó ponernos un examen fácil. Si éramos un poco aplicados o al menos algo sagaces, a lo largo de nuestros pocos años de vida estudiantil deberíamos habernos topado con esa carta de Plinio al menos en un par de ocasiones, y, por lo tanto, conocerla lo suficiente como para realizar una traducción digna y salvar con buena nota aquella parte del curso. Así sucedió para la abrumadora mayoría de los presentados. Como hemos dicho, la carta de Plinio a Tácito es un prodigio de estilo y una fuente de información fundamental, pero también es uno de los pasajes más impactantes de la literatura latina que ha llegado hasta nosotros. Gracias a ella, lo que mejor conocemos de la vida de Plinio es, precisamente, el momento de su muerte:

Cayo Plinio a Tácito, Saludos.

Me pides que te describa la muerte de mi tío para que pueda transmitirse a la posteridad de la manera más precisa. Te lo agradezco, pues sé que su muerte estará asociada a una gloria inmortal si tú eres quien la describe. Aunque falleció en la terrible calamidad que asoló a una de las regiones más hermosas de la tierra

38 Plinio el Joven, *Epist.* VI, 16, de Plinio a Cornelio Tácito.

39 Plinio el Joven, *Epist.* VI, 20, de Plinio a Cornelio Tácito.

—un desastre que no podrá olvidarse nunca— y aunque escribió muchas obras y muy perdurables, vivirá, por así decirlo, igual que esos pueblos y ciudades, debido a esta calamidad memorable; sin embargo, la eternidad de tus escritos añadirá mucho más para la perpetuación de su memoria. Considero dichosos a quienes los dioses les conceden realizar acciones dignas de ser escritas o escribir cosas dignas de ser leídas, pero para mí son particularmente dichosos los que hacen ambas cosas. Mi tío se contará en el número de estos gracias a sus libros y a los tuyos. Por ello mismo, estoy completamente dispuesto a cumplir tu petición y es más, te pido que me permitas hacerlo.

Estaba en Miseno, donde se encontraba al mando de su flota. El noveno día antes de las calendas de septiembre (24 de agosto), casi a la hora séptima, mi madre le señala la aparición de una nube de tamaño y forma inusuales. Había estado tomando el sol, y luego un baño frío. Tras un almuerzo ligero, estaba acostado, leyendo. Pidió sus sandalias y subió a un lugar desde el que podía observarse mejor aquel extraño fenómeno. De qué monte salía aquella nube era incierto para quienes la contemplaban. Luego se supo que se trataba del Vesubio. Su forma y su apariencia solo podían compararse mejor que ningún otro árbol, a un pino. Ascendía hacia lo alto, como si tuviese un tronco de gran longitud, y luego se ensanchaba en ramas, y creo que se debía a que mientras el vapor era reciente, se elevaba, y luego, al debilitarse su impulso, se detenía y, vencida por su propio peso, se extendía hacia los lados. Unas veces parecía blanca, y otras, en cambio, sucia y como con manchas, según llevase en su interior tierra o ceniza.

Para un hombre con la erudición de mi tío, este fenómeno le pareció muy importante y digno de un estudio profundo y más de cerca. Manda aprestar una galera liburna, y me ofrece ir con él, si lo deseo. Le respondo que prefiero quedarme estudiando y escribir lo que con anterioridad me había encargado. Estaba él saliendo de la casa cuando recibió un billete de Rectina, la esposa de Tasco, que se encontraba aterrada por el inminente peligro, ya que su villa se encontraba justo al pie de la montaña y no tenía ninguna posibilidad de huida, a no ser por barco. Le rogaba que la salvase de tan gran peligro. Él cambia de idea y ahora se afana en llevar a cabo y cumplir con la mayor disposición lo que antes había comenzado con mero afán investigador.

Hizo salir a la mar las cuatrirremes, y él mismo subió a bordo,

aprestándose a prestar auxilio no solo a Rectina, sino a muchas más personas, pues la agradable situación de aquella costa la hacía muy frecuentada. Se apresura a dirigirse al lugar del que otros huyen, y manda mantener el rumbo con el timón directo hacia el peligro, tan por completo libre de miedos, que dictaba y hacía anotar a su escribiente cada cambio que podía constatar y todas las formas que le era posible apreciar a simple vista.

Caía ya ceniza sobre las naves, más cálida y densa a medida que se acercaban, y también piedra pómez y otras negras y quemadas y rotas debido a la potencia del fuego; ahora, un súbito bajío y el propio derrumbe de la montaña obstaculizaban el acceso a la playa. Durante un instante valoró virar la nave, pero luego ordenó al timonel, que le había aconsejado hacerlo: «La Fortuna ayuda a los valientes. ¡Dirígete a la villa de Pomponiano!». Este se hallaba en Estabia, en el lado opuesto de la bahía, pues el mar se dobla en una costa suavemente redondeada. Aunque el peligro no estaba cerca, era muy visible y muy próximo en caso de que se incrementase. Pomponiano había ordenado embarcar su equipaje y aprestarse a la huida cuando amainase los vientos que ahora soplaban contrarios, hacia el mar. Por eso mismo, mi tío fue llevado hasta allí por un viento extremadamente favorable, y consuela a aquel, que temblaba de miedo; para calmar su temor con serenidad, ordena que se le prepare un baño. Tras él, cena de la manera habitual, y lo hace con muy buen humor o lo que es igual de efectivo, fingiendo buen humor.

Mientras tanto, del Vesubio brillaban, por muchos lugares, llamas muy altas y podían verse grandes incendios, cuyo fulgor y claridad quedaba realzado por la oscuridad de la noche. Mi tío, para aplacar el miedo de los presentes, decía que eran obra de campesinos que habían huido despavoridos, dejando encendidas sus propias hogueras, y que estas se habían extendido y eran las causantes de los fuegos en las villas abandonadas. Acto seguido, se fue a descansar, y descansó, además, con un sueño absolutamente real y profundo, pues podía escucharse su respiración desde el otro lado de la puerta del cuarto, ya que a causa de su corpulencia y peso, era muy profunda y resonaba mucho. Pero el patio que daba a la habitación estaba tan lleno de cenizas y piedra pómez que si hubiese llegado a quedarse dentro un poco más, habría sido incapaz de salir. Lo despiertan, se levanta y se reúne con Pomponiano y el resto, que estaban en vela. Debatieron si

debían permanecer en el interior de la casa o salir afuera. Los techos temblaban debido a los frecuentes y violentos temblores, y parecía que se balanceaban a un lado y a otro, como si hubiesen sido arrancados de sus cimientos. Temían, además, la caída de piedra pómez, tanto de las más ligeras como de las quemadas. Finalmente, tras sopesar los riesgos, decidieron salir. En mi tío supuso la victoria de la razón sobre la razón; en el resto, del temor sobre el temor. Se pusieron almohadones en la cabeza como protección contra las piedras que caían de lo alto.

Ya había llegado el día, pero allí la noche era más negra y profunda que todas las noches, a pesar de que se habían encendido muchas antorchas y todo tipo de luces. Se decidió ir hasta la orilla de la playa y ver si era posible aventurarse mar adentro, pero el mar permanecía agitado y adverso. Allí se tumbó sobre un paño extendido, y pidió en varias ocasiones agua fresca y se la bebió. Las llamas, y como anuncio previo a las llamas, el olor a azufre, hizo huir a los demás y a él, levantarse. Lo hizo apoyándose en dos esclavos y al momento, se derrumbó, ahogado según supongo por el vapor tan espeso, que le obstruyó la respiración y le provocó una congestión de estómago, que tenía débil y propenso al vómito. Cuando amaneció, tres días después de haberlo visto yo por última vez, se encontró su cuerpo, intacto y tal y como iba vestido. Parecía dormido más que muerto. Mientras tanto, mi madre y yo estábamos en Miseno. Pero esto no tiene importancia para la historia, y tú solo querías conocer el modo en que murió. Pondré fin aquí a mi relato. Solo añadiré una última cosa: que te lo he relatado todo, tanto los incidentes que yo mismo pude presenciar como lo que me fue contado inmediatamente después de haber ocurrido, en el momento en que todo se recuerda con más intensidad y veracidad. Tú deberás escoger lo que consideres más importante, pues una cosa es escribir una carta, y otra escribir historia, y es diferente escribir a un amigo que escribir a todos.

Ten salud.

Si uno ha leído este texto y tiene la suerte de haber visitado Pompeya, Nápoles o la hermosa bahía de Miseno, observará de primera mano el detallismo con que Plinio el Joven compuso su relato: Plinio describe la nube venenosa de cenizas y gases que expulsaba el volcán y la compara con la copa de un pino. El camino de Nápoles a Pompeya todavía

hoy está punteado por esos mismos pinos mediterráneos que hacen que uno pueda tener, de repente, la impresión vívida de lo que los ojos de aquel muchacho de diecisiete años pudieron ver aquel día del 79 d. C. Lo mismo ocurre con la narración acerca de la muerte de su tío. Plinio traza dos retratos: el retrato del sacrificio del hombre que busca conocer la Naturaleza, y también el de un héroe cívico, quien, tras haber intentado ayudar a sus conciudadanos, asume con serenidad sus últimos instantes en medio de un mundo que literalmente se estaba derrumbando sobre él. Gracias a la descripción de su sobrino, Plinio, en su estoica aceptación de su final, se yergue ante nuestros ojos con la categoría de un héroe épico. El original latino, con referencias a la *Eneida* de Virgilio, lo muestra claramente, y queda realzado más todavía si a continuación leemos la otra carta, en la que continúa narrando a Tácito las circunstancias por las cuales él y su madre sobrevivieron a la erupción. Habitualmente esta carta pasa más desapercibida a la hora de hablar de Plinio el Viejo y su fallecimiento, y, sin embargo, representa la otra cara, la de los sufrimientos del resto de la familia. Es también muy interesante para apreciar el modo en que Plinio el Joven se retrata a sí mismo en relación a su tío. Podemos ver que empieza insistiendo en su inmadurez juvenil, en su amor por la literatura, y en realidad, en la ignorancia de la magnitud del suceso, para acabar mostrándonos cómo ese joven fue capaz de enfrentarse a aquel desastre con serenidad de ánimo y anteponer a su propia seguridad la protección a su madre. Plinio había quedado huérfano de padre a los ocho años. Retratándose de esa manera, se nos muestra, muy sutilmente, como otro héroe épico que logra sobrevivir al cataclismo y sale indemne de él, junto con su madre. El amor filial, la *pietas*, era un elemento fundamental en la cultura romana. Definía a héroes como Eneas, el fundador de la estirpe de César y el héroe que había puesto las bases de la futura fundación de Roma al establecerse en el Lacio, huyendo de Troya llevando a cuestas a su padre tullido, Anquises, y a su hijo pequeño.

Al igual que Eneas pierde a su esposa en el marasmo de la última noche de Troya, Plinio pierde a su tío debido a la erupción del Vesubio. Es una manera muy profunda e inteligente de describir la importancia de la erupción⁴⁰, pero también de su personalidad y de cómo le afectó,

40 Respecto a la relación entre la carta de Plinio y el texto de la *Eneida*, es imprescindible el agudo e inteligente análisis de García Jurado, Francisco (2014).

a nivel personal, aquel suceso que supuso un antes y un después en las vidas de todos los testigos y supervivientes, como narra en su otra carta:

Cayo Plinio a Tácito, Saludos.

Me comentas que la carta que escribí a petición tuya acerca de la muerte de mi tío ha hecho crecer en ti el deseo de conocer mejor qué hacía yo en Miseno, que es donde él me había dejado y donde encontraba, más por miedo que por casualidad. «Aunque mi mente se estremece al recordarlo, comenzaré mi tarea»⁴¹.

De hecho, había comenzado a hablarte de ello, cuando interrumpí mi relato. Durante muchos días se habían sentido temblores de tierra, aunque no nos habían alarmado, porque son bastante frecuentes en la región de Campania. Pero esa noche el terremoto fue tan intenso, que amenazó con derrumbarlo todo a nuestro alrededor. Mi madre se apresuró a entrar en mi cuarto justo cuando yo estaba a punto de salir de él para despertarla en caso de que aún estuviese dormida. Nos sentamos en la pequeña explanada situada entre el mar y los edificios. No sé si llamar valentía o imprudencia a mi comportamiento, pues solo tenía dieciocho años, pero pedí un volumen de Tito Livio, y como si estuviese en mi tiempo de ocio, continué realizando mis extractos habituales sobre el texto. Poco después, un amigo de mi tío, que había llegado hacía poco de España para reunirse con él, la regañó a ella por su paciencia y a mí por mi... Pero no le hice caso, y continué leyendo con no menos confianza. Llegó la primera hora del día, pero no la claridad. Los edificios inmediatos estaban tan agrietados, que nuestro miedo crecía por momentos, debido a lo descubierto y a la vez angosto del lugar. Semejó oportuno salir de allí. Una multitud distraída nos seguía; en los momentos de pánico, siempre se prefiere dejarse guiar por los

«Plinio el Joven, el Vesubio y la *humanitas*». *Reinventar la Antigüedad. Historia cultural de los estudios clásicos*, 6-12-2014. ISSN: 2340-8707. <https://clasicos.hypotheses.org/994>. Consultado el 1 de enero de 2022; García Jurado, Francisco (2020). «VNVM COMMVNE PERICLVM: la (autocomplaciente) “*humanitas*” virgiliana en las cartas sobre el Vesubio escritas por Plinio el Joven», *Reinventar la Antigüedad. Historia cultural de los estudios clásicos* 10-7-2020. ISSN: 2340-8707. <https://clasicos.hypotheses.org/7030>. Consultado el 1 de enero de 2022. Cf. Dunn, Daisy (2021). *Bajo la sombra del Vesubio. Vida de Plinio*. Madrid: Siruela, pp. 31-32; 52-53.

41 Virgilio, *Eneida* II, 12.

juicios de los otros que por los propios como si fueran el camino más prudente a seguir; cuando echamos a andar, toda la gente se agolpaba, y se empujaban unos a otros en su huida, agobiándonos a los que estábamos en la delantera. Solo nos detuvimos cuando dejamos atrás las casas. Pasamos muchas cosas dignas de admiración y de terror. Aunque el terreno era llano en esa parte, los vehículos que habíamos mandado traer con nosotros comenzaron a balancearse a un lado y hacia otro, y a pesar de haberlos calzado con piedras, no permanecían quietos en su sitio. Vimos también el mar retroceder sobre sí mismo, por así decir, como si hubiera sido expulsado por el temblor de la tierra. La costa se había ensanchado enormemente y muchas criaturas marinas quedaron varadas en la arena seca.

En el lado opuesto apareció una nube negra y horrenda, de vapor ardiente, que estallaba y se abría en llamas largas y retorcidas, similares a relámpagos, aunque de mayor tamaño. Entonces, el amigo de España se acercó y con acritud y vehemencia nos dijo a mi madre y a mí: si tu hermano, si tu tío está vivo, quiere que os salvéis, y si ha muerto, querría que le sobrevivieseis. Entonces, ¿por qué estáis retrasando la huida?

Respondimos que no podíamos pensar en nuestra salvación, inciertos como estábamos acerca de la suya. No esperó más, se marchó al momento, y en una rápida carrera consiguió evitar el peligro. No mucho después aquella nube descendió sobre la tierra y cubrió el mar. Había rodeado Capri y la había ocultado a nuestros ojos. Hasta había cubierto el promontorio de Miseno. Mi madre me pedía, me exhortaba, me ordenaba que huyese. Que era joven, me decía, y podría escapar, pero que a ella le pesaban la carga de los años y su cuerpo, y que moriría tranquila, solo con saber que ella no había sido la causa de mi muerte. Le respondí que no quería sobrevivir sin ella, le cogí la mano y la obligué a caminar más rápido. Me sigue a regañadientes, y se culpa a sí misma por hacerme ir más lento. Entonces comenzaron a caer cenizas. Vuelvo el rostro y miro hacia atrás. Un humo denso se extendía a ras de suelo e iba aproximándose en nuestra dirección, amenazante como un torrente. “Echémonos a un lado —dije—, mientras podemos ver, para no caer en la oscuridad y morir pisoteados por la multitud en el camino”. Apenas había dicho esto cuando llegó la noche, no como si fuese una noche sin luna o con nubes, sino como cuando se apaga un fuego en un lugar

cerrado. Podías oír los gemidos de las mujeres, los lloros de los niños, los gemidos de los hombres; unos llamaban a voz en grito a sus padres, otros a sus hijos, otros a sus cónyuges; cuando los reconocían, era por la voz. Unos lloraban por su suerte, otros la de sus seres queridos, algunos había que por miedo a la muerte pedían la muerte. Muchos levantaban las manos hacia los dioses; muchos otros, en cambio, afirmaban que nunca habían existido los dioses y que había llegado la noche eterna y definitiva del mundo. Tampoco faltaron quienes, con mentiras y mensajes terroríficos, exageraban el peligro real. Algunos había que mentían y afirmaban que Miseno había quedado destruido y que había ardido por completo. Todo estaba mal y, sin embargo, todos lo creían todo.

Volvió a haber un breve brillo de luz que nos pareció no la luz del día, sino la señal de que se acercaba el fuego. Pero el fuego permaneció a distancia, y la oscuridad regresó de nuevo, y las cenizas, muchas y tan densas, que teníamos que levantarnos y sacudirlas a menudo, para no quedar cubiertos y aplastados por su peso.

Podría vanagloriarme de que en un peligro tan grande no escapó ningún gemido ni queja de mi boca, ni tan siquiera una voz. Tenía el miserable consuelo de creer que el mundo y yo pereceríamos juntos, un mísero consuelo, desde luego, pero con el que una criatura mortal encuentra cierta clase de sosiego.

Poco a poco, la nebrura se hizo menos densa y se disipó como si se tratara de humo y nubes; luego vino la verdadera luz del día, y el sol brilló, pero tan en rojo sangre como parece al ponerse. Nuestros ojos todavía temblorosos vieron que todo se había transformado y estaba cubierto de una espesa capa de cenizas, como si fuese nieve.

Regresamos a Miseno. Allí refrescamos nuestros cuerpos lo mejor que pudimos y pasamos una noche ansiosa y agitada, oscilando entre la esperanza y el miedo. Pero continuábamos teniendo miedo porque todavía continuaban los terremotos, y muchas personas frenéticas se engañaban con aterradoras profecías, y con ellas se burlaban de sus propias calamidades y de las de los demás. Por nuestra parte, aunque ya habíamos experimentado peligros y esperábamos más por llegar, ni siquiera entonces nos decidimos a partir hasta tener noticias de mi tío.

Esto, que no está a la altura de tu historia, habrás de leerlo y,

puesto que lo pediste, deberás valorar si tan siquiera es digno de una carta.

Ten salud.

Leí el relato de Plinio acerca de la muerte de su tío el mismo día que cumplía dieciséis años, cuando me regalé *De los espejos y otros ensayos*, de Umberto Eco⁴². En dicho libro, Eco publica un texto inédito, remodelación de otros suyos anteriores, «Retrato de Plinio el Joven»⁴³, donde procede a un análisis discursivo de dicha carta. El artículo demuestra, aplicando su teoría de los Mundos Narrativos, que Plinio el Joven pretendió crear el relato de que su tío murió como un héroe de la ciencia: «Esta carta no quiere (solo) afirmar algo verdadero: quiere que Tácito (o cualquier posible lector futuro) crea que el Viejo ha sido un héroe y quiere que Tácito lo escriba. Quiere *hacer-crear* y *hacer-hacer*⁴⁴». Eco viene a demostrar la confirmación entre la aplicación de los principios de la retórica clásica, que Plinio el Joven conocía y sabía aplicar muy bien, con las teorías actuales de la narratología. El texto de Umberto Eco es muy complejo y exige una lectura muy detallada, pero viene a demostrar que Plinio el Viejo no disponía, obviamente, de la información que sí tuvieron los supervivientes y el propio Tácito, acerca de cuál era la naturaleza del Vesubio y que actuó con ignorancia lógica. Si a esa ignorancia hay que añadirle un punto de despreocupación e irreflexividad⁴⁵, depende, precisamente, de los conocimientos a posteriori de los que disponemos, y que se basan en la información proporcionada por Plinio el Joven. Por lo general, parte de la crítica ha oscilado entre la actitud comprensiva con la actuación de Plinio el Viejo y un juicio duro sobre su comportamiento durante la erupción. Hemos perdido los libros en los que Tácito hablaba del desastre de Pompeya, así que no estamos en condiciones de juzgar hasta qué punto el historiador siguió las informaciones proporcionadas por Plinio el Joven, aunque todo parece indicar que él, al igual que la posteridad, vio en la figura del autor de la *Naturalis Historia* un ejemplo de ironía trágica: el profundo conocedor de la naturaleza desconocía el fenómeno que iba, a la postre, a provocar su fallecimiento. Como Edipo, Plinio estaba ciego sin estarlo (y preci-

42 Eco, Umberto (1988). *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona: Lumen. Trad. De Cárdenas Moyano.

43 Eco, Umberto (1988). *Ibid.* «Retrato de Plinio el Joven», pp. 193-210.

44 Eco, Umberto (1988). *ibid.*, p. 200. Las cursivas están en el propio texto original.

45 Serbat lo califica de «triste ineptitud para la acción enérgica» en Serbat, Guy (2006). *Plinio el Viejo*. Madrid: Gredos, p. 13.

samente esta es una imagen a la que recurre Eco), así que fue un mártir de la ciencia, pero un mártir involuntario, y ahí, en cualquier caso, radica nuestra conmiseración y nuestra empatía⁴⁶.

¿De qué murió Plinio el Viejo? Se nos dice que, en la playa, se tumbó sobre una sábana, a pesar del riesgo que suponía la lluvia de piedra pómez y lapilli. El olor a azufre y las llamas hicieron que todos huyesen, pero él no estaba en condiciones físicas de hacerlo. Su sobrino plantea la hipótesis de un ahogamiento, porque, además, los testigos que acudieron al lugar más tarde no encontraron ningún daño físico en el cadáver del almirante. A partir de aquí, han corrido ríos de tinta sobre la cuestión. A sus cincuenta y seis años, y según lo transmitido por su propio sobrino, Plinio padecía de asma recurrente y estaba muy grueso⁴⁷. Por lo general, y con matices, se considera que lo más probable fuese un infarto de miocardio debido a la confluencia de factores físicos, el estado exterior de gases y temperaturas altas, y la ansiedad provocada por la situación de peligro inminente. Si influyó o no el flujo piroclástico no estamos en condiciones de saberlo, a pesar de que sí tenemos todos los datos para analizar los trescientos cuarenta cadáveres de Estabia, entre los que se encontraba ese supuesto soldado a sus órdenes⁴⁸.

46 La revisión de la carta de Plinio y el análisis de la misma desde las intenciones de su autor y del discurso ha sido recurrente entre la crítica especializada. Para otras aportaciones es interesante consultar a Martin, P. M. (1979). «La mort étrange de Pline l'Ancien ou l'art de la déformation historique chez Pline le Jeune». *Via Latina* 73, pp. 13-21. También, en ese sentido, es fundamental Sherwin-White, A. N. (1966). *The Letters of Pliny. A historical and social Commentary*. Oxford: Oxford University Press, p. 219 y ss. Más recientemente, se ha publicado un detallado análisis de toda la documentación de Plinio el Joven, con una interesante puesta al día de los datos de las epístolas en relación con los datos filológicos, arqueológicos, geográficos y vulcanológicos, de lectura imprescindible para todos los aspectos relacionados con los Plinios y el Vesubio: Foss, Pedar W. (2022). *Pliny and the Eruption*. Abingdon/New York: Routledge.

47 Detalles muy interesantes a este respecto en Serbat, Guy (2006). *Plinio el Viejo*, Madrid, Gredos, pp. 38-41, con una historia de los aportes y bibliografía médica sobre la cuestión desde 1858.

48 Un análisis de los daños causados en estos cadáveres por los flujos piroclásticos puede leerse en Martyn, R. & Craig, O. & Ellingham, S. & Islam, M. & Fattore, L. & Sperduti, A., & Thompson, T. (2020). «A re-evaluation of manner of death at Roman Herculaneum following the AD 79 eruption of Vesuvius». *Antiquity*, 94(373), pp. 76-91. <https://doi.org/10.15184/aqy.2019.215>. Consultado el 12 de diciembre de 2021. No se sabe si la degradación por el calor provocada por los flujos piroclásticos sería mucho más potente en el exterior, como estaba Plinio, o si el propio flujo no llegó a Estabia con temperaturas tan altas como se suponía hasta hace pocos años. Cf. Petrone, Pier Paolo (2019). «The Herculaneum

La imagen que Plinio buscaba transmitir a Tácito y a la posteridad acerca de su tío y acerca de sí mismo ha triunfado.

Conviene, antes de continuar, dejar anotado que en los últimos años la fecha del 24 de agosto para la erupción del Vesubio ha sido cada vez puesta más en duda por los descubrimientos arqueológicos. Los últimos hallazgos parecerían indicar que la erupción ocurrió al menos dos meses más tarde, si no tres. La fecha de los manuscritos no es unívoca. Aunque se ha aceptado la del 24 de agosto, otros códices presentan diferentes lecturas, que por lo general aluden al 24 de octubre o incluso al 1 de noviembre.

Es cierto que desde el siglo XVIII se había puesto en duda la datación de los manuscritos, habida cuenta de que desde las primeras excavaciones en época de Carlos III se documentaron abundantes frutos otoñales e instrumentos como braseros para calentar las habitaciones. El propio historiador Dión Casio había señalado que la erupción había tenido lugar en otoño⁴⁹. La meteorología actual también ha intervenido en el debate, señalando que la dispersión de las cenizas del Vesubio

victims of the 79 AD Vesuvius eruption: a review», *Journal of Anthropological Sciences*. <http://dx.doi.org/10.4436/JASS.97008>. Consultado el 12 de diciembre de 2021; Capasso, L. 2000. «Herculaneum victims of the volcanic eruptions of Vesuvius in 79 AD», *The Lancet*, 356, pp. 1344-46. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(00\)02827-0](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(00)02827-0). Consultado el 12 de diciembre de 2021; Cioni, R. & Gurioli, L. & Lanza, R. & Zanella, E. (2004). «Temperatures of the AD 79 pyroclastic density current deposits (Vesuvius, Italy)», *Journal of Geophysical Research* 109: B02207. <https://doi.org/10.1029/2002JB002251>. Consultado el 12 de diciembre de 2021; Giordano, G. et al. (2018). «Thermal interactions of the AD 79 Vesuvius pyroclastic density currents and their deposits at Villa dei Papiri (Herculaneum archaeological site, Italy)», *Earth and Planetary Science Letters* 490, pp. 180-92. <https://doi.org/10.1016/j.epsl.2018.03.023>. Consultado el 12 de diciembre de 2021; Mastrolorenzo, G., Petrone, P., Pappalardo, L. & Guarino, F. (2010). «Lethal impact at periphery of pyroclastic surges: evidences at Pompeii». *PLoS ONE* 5: e11127. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0011127>. Consultado el 12 de diciembre de 2021; Perrotta, Annamaria & Scarpati, Claudio & Carolis, Ernesto & Patricelli, Giovanni & Ciarallo, Annamaria. (2003). «Impact of the AD 79 explosive eruption on Pompeii, II. Causes of death of the inhabitants inferred by stratigraphic analysis and areal distribution of the human casualties», *Journal of Volcanology and Geothermal Research*. 126, pp. 169-200. [http://dx.doi.org/10.1016/S0377-0273\(03\)00147-1](http://dx.doi.org/10.1016/S0377-0273(03)00147-1). Consultado el 12 de diciembre de 2021.

49 Dión Casio, *Historia Romana* 66, 21. Cf. Romero Recio, Mirella (2010). *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*. Madrid, La Esfera de los Libros, p. 200 y ss. Cf. Dunn, Daisy (2021). *Bajo la sombra del Vesubio. Vida de Plinio*. Madrid, Siruela, p. 22 y ss.

era más consecuente con un tiempo otoñal que con uno veraniego⁵⁰. Sin embargo, la fecha ha permanecido inamovible hasta ahora. Es una prueba del peso de la filología y de los textos frente a evidencias arqueológicas que, aunque a veces no hablan tan claro como nos gustaría, son lo suficientemente elocuentes al respecto. En 2006 la directora de las excavaciones en Pompeya, Grete Stefani, comunicó que se había encontrado en la llamada Casa del Brazalete de oro una moneda de plata con la efigie de Tito que evidenciaba haber sido acuñada al menos después del 8 de septiembre de ese año 79 y que, por su situación en el estrato, no podía ser posterior a la erupción. Sin embargo, en la actualidad esas primeras lecturas respecto a la moneda se han puesto en duda⁵¹. Por último, en 2018 una rueda de prensa convocada por el propio ministro de Cultura italiano hacía público el hallazgo de un grafito pompeyano escrito en la pared de un cuarto en obras durante la erupción, en la denominada Casa con Jardín, y que uno de los responsables de la excavación y director por aquel entonces del Parque Arqueológico de Pompeya, Massimo Osanna, difundió en medios de comunicación y redes sociales⁵². El texto de dicho grafito decía:

50 Rolandi, Paone & Di Lascio & Stefani, G. (2008). «The 79 AD eruption of Somma: The relationship between the date of the eruption and the southeast tephra dispersion», *Journal of Volcanology and Geothermal Research*, 169, 1-2, pp. 87-98, <https://doi.org/10.1016/j.jvolgeores.2007.08.020>, consultado el 13 de marzo de 2022.

51 Stefani, G. (2006). «La vera data dell' eruzione», *Archeo*, 260, 10, pp. 10-13; en cambio, para Abdy, Richard (2013). «The Last Coin in Pompeii: a Re-evaluation of the Coin Hoard from the House of the Golden Bracelet», *The Numismatic Chronicle* 173, pp. 79-83, la moneda entraría en el rango de fechas que permitiría aceptar la erupción en agosto del 79 d. C.

52 S. A. (2018). «Pompei, ritrovata un' iscrizione che cambia la data dell'eruzione del Vesuvio», *Il Corriere del Mezzogiorno*, 16 de octubre de 2018. https://corrieredelmezzogiorno.corriere.it/napoli/cronaca/18_ottobre_16/pompei-ritrovata-iscrizione-che-consente-datate-l-eruzione-vesuvio-f346fdda-d113-11e8-8cae-6ebe601fbf0e.shtml?refresh_ce-cp. Consultado el 12 de diciembre de 2021. Cf. S. A. (2018). «Un grafiti remet en question la date de la catastrophe de Pompéi», *Reuters*, 16 de octubre de 2018. <https://www.reuters.com/article/italie-archeologie-pompei-idFRKCN1MQ2FP-OF RTP>. Consultado el 12 de diciembre de 2021.

En julio de 2020 Massimo Osanna fue nombrado Director General de Museos del Ministero dei Beni e delle Attività Culturali. Sobre los avances logrados hasta 2019 y la escritura hallada en la Casa con Jardín, vid. Osanna, Massimo (2019). *Pompei: il tempo ritrovato: le nuove scoperte*. Milano: Rizzoli. Un acercamiento al debate producido en 2018 entre los especialistas puede verse en Arrizabalaga, Mónica, (2018). «El nuevo grafito de Pompeya puede ser del

xvi (ante) K(alendas) Nov(embres) in[d]ulsit pro masumis esurit[ioni].

«El 17 de octubre, disfruté al máximo de la comida».

La erupción tuvo que ocurrir, si aceptamos esta evidencia arqueológica, pocos días después de ese 17 de octubre. ¿Tal vez el 24, según nos transmite la tradición manuscrita? Es una probabilidad. Junto con la moneda acuñada por Tito, si se aceptan sus primeras lecturas, este grafiti escrito con carbón vegetal sí es un hallazgo relevante, al menos, para abrir de una vez por todas el debate y zanjar la cuestión de la fecha aproximada de la erupción trasladándola a mediados del otoño campano. El mundo académico ha respondido de manera cauta y tampoco se han aportado más datos a este respecto en estos últimos años⁵³. En cualquier caso, quizá debamos prepararnos para asumir que Plinio debió de nacer en un mes de octubre, 56 años antes de la erupción del Vesubio, y que murió muy cerca de su cumpleaños, en aquel fatídico otoño del año 79.

79 d. C. o de años anteriores. Cautela entre expertos ante la inscripción que cambiaría la fecha de la erupción del Vesubio», *ABC*, 29 de octubre de 2018. https://www.abc.es/cultura/abci-nuevo-grafito-pompeya-puede-79-o-anos-antiores-201810260214_noticia.html. Consultado el 12 de diciembre de 2021.

53 Para una interesante puesta al día de los datos generales sobre el contexto de Pompeya en el mundo romano y la erupción, vid. Dobbins John J. & Foss Pedar W. (eds.) (2009). *The World of Pompeii*. London & New York: Routledge, y en particular, dentro de este volumen, Lazer Estelle (2009). «Victims of the cataclysm», pp. 607-619 y Laidlaw Anne (2009). «Mining the early published sources: problems and pitfalls», pp. 620-636. Sigue siendo de espléndida lectura el trabajo divulgativo general de Beard, Mary. (2008). *Pompeii: The Life of a Roman Town*. London: Profile Books. (Trad. esp. Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda. *Pompeya. Historia y leyenda de una ciudad romana*. Barcelona: Crítica, 2009). En el ámbito hispánico es imprescindible Romero Recio, Mirella (2010). *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*. Madrid: La esfera de los libros.